

LA VISITA DE «DUENDE»

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA VISITA DE "DUENDE"

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

414 —«Experimento Gamma», *Curtis Garland*.

415 —Investigador privado siglo XXII, *Ralph Barby*.

416 —Permiso de invasión, *Glenn Parrish*.

417 — Imperio flotante, *Joseph Berna*.

418 —Reina estelar, *Clark Carrados*.

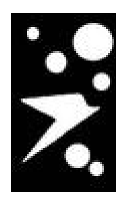
KELLTOM McINTIRE

LA VISITA DE "DUENDE"

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 419

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 22.028 - 1978

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 —Barcelona —1978

CAPITULO PRIMERO

La hora terrestre debía ser la veintiuna treinta.

Clarence Howard, al que todos llamábamos familiarmente Bugs Bunny —debido a sus poderosos incisivos —, dijo, muy inquieto:

—¡Otra vez esos gemidos!

Le dirigí una ojeada, carente de interés.

—¿Balidos de cordero o llanto de bebé? —exclamó John Larssen. Y se echó a reír estruendosamente.

También rió Ed Smith, nuestro meteorólogo. Y Catto, el intendente. Incluso la joven doctora Aida Harris.

Howard era el ingeniero de comunicaciones. Un tipo muy interesante, puedo jurarlo.

Howard era un profesional serio, consciente, casi adusto…, mientras consiguiera mantenerse sobrio.

Pero a Howard le gustaba, en extremo, el whisky de centeno. Y las largas veladas en la solitaria Moon-Base-One solían ser tan aburridas, que todo el mundo se dedicaba a beber cuando estaba franco de servicio.

Era lo normal.

Las treinta y seis personas que componíamos la base lunar Moon-Base-One estábamos obligadas a permanecer durante seis meses en nuestro aislado encierro.

Nadie que no haya estado allí, sobre la superficie de nuestro plateado satélite, puede imaginarse cuánto significan ciento ochenta días en la Luna.

Podíamos recibir imágenes de unas veinte emisoras de televisión, era cierto. Y ello nos mantenía unidos, en cierto modo —sólo en cierto modo —a la familiar vida del planeta Tierra.

También teníamos cine, un gimnasio, juegos, un enorme bar, una capilla…

Prácticamente, no carecíamos de nada.

Las despensas estaban abarrotadas de carne, pescado, verduras… Y la bodega contenía cerveza, vino y licores en cantidades colosales.

Teníamos también nuestros vehículos orugas para pasear sobre la superficie lunar, y el arqueólogo Donald Rubber salía cada mañana con su equipo para realizar excavaciones y examinar las rocas lunares.

Disponíamos de cuanto nos era necesario, incluido un modernísimo hospital, pero carecíamos de lo más elemental: nuestro entorno terrestre.

Era disculpable, pues, que todos bebiéramos, más o menos moderadamente, a lo largo de los ciento ochenta días que debíamos permanecer en la Moon-Base-One.

Aquel servicio nos permitía ganar una considerable cantidad de dinero, que podríamos gastar alegremente durante los seis meses siguientes, sobre la brillante y risueña superficie del planeta Tierra, nuestro entorno natural.

En cuanto a Howard, tenía unos treinta y ocho años, y era un tanto ingenuo para su edad.

Creo que era un enamorado de su profesión, la Telecomunicación. Aparte de ello, se sentía profundamente atraído por las fantásticas ideas del filósofo Rufus Crombie, el exaltado norteamericano que creía ciegamente en la existencia de otras civilizaciones, más allá del espacio exterior.

En cuanto a mí…

Tenía por entonces treinta y cuatro años y… unos fervientes deseos de ser relevado de mi cargo de jefe de la Moon-Base-One para volver a la Tierra, y gastar alegremente el dinero ganado en la Base lunar.

Sí, yo era un tipo enormemente cínico y materialista, por entonces. Ocho años de servicios espaciales habían consolidado mi escepticismo y mi egoísmo, de forma muy notable.

Creía en la Técnica, en mí mismo y… en los dólares.

Pero volvamos a Clarence Howard. Nuestro ingeniero de Telecomunicaciones era, como he dicho, un tipo muy notable.

Incluso cuando estaba franco de servicio, y después de meterse entre pecho y espalda una botella de «Johnny Walker», etiqueta negra,

solía volver, obsesionado, a la cabina de comunicaciones, y se pasaba las horas muertas tratando de captar hipotéticas llamadas de criaturas estelares.

La noche anterior había venido a verme, muy excitado, al gran bar donde solíamos reunimos todos los que estábamos libres de servicio.

Anthony Beck —nuestro jefe de mecánicos—y yo estábamos enzarzados en una partida de dados, cuando Howard me tomó fuertemente por un brazo.

Parecía muy agitado, y su aliento olía intensamente a whisky.

—¡Coronel, coronel! —chilló—. ¡He vuelto a oír esos gemidos!

Tony Beck rió como un loco, y se apresuró a ofrecer su vaso de whisky a Howard, que lo apuró de un trago, como cualquier cosa.

—Cálmate, Clarence —dije, poniendo una mano sobre su hombro—. Has debido equivocarte. Debe de tratarse de los satélites de observación que circunvalan la Tierra.

Pero Howard volvió a insistir, frenético:

—¡No, no, no! Sé lo que me digo… ¡Eran gemidos, auténticos gemidos… humanos! Se diría… ¡que brotaban de la garganta de un niño!

La docena de personas que permanecían en el bar se volvieron a mirar a Clarence.

Sonrisas de conmiseración en algunos rostros, muecas burlonas en otros, eso es lo que vi entre mis compañeros de la Base lunar.

Conocían a Howard, sabían que era un hombre hipersensible… Todos habían oído hablar de su loca pasión por los temas espaciales que trataban de otros mundos, de otras civilizaciones.

En el fondo, no hacían otra cosa que burlarse de él.

—-¡Eran gemidos, verdaderos gemidos, que brotaban de la garganta de un niño! —insistía Clarence, aferrándome con fuerza por un brazo.

Miré a Beck, que se desternillaba, con el cubilete de los dados en la mano izquierda.

Por un momento, experimenté un sentimiento de piedad hacia Clarence Howard.

¿Se había vuelto loco...?

Otros habían perdido la razón en la Moon-Base-One, a lo largo de sus quince años de funcionamiento.

«*Fiebre del espacio*», llamaban algunos psiquiatras a aquellas anormalidades mentales que surgían en las mentes de algunos cosmonautas.

Los demás se reían de Clarence... Era normal: él se pasaba el tiempo escuchando las señales del Cosmos, y urdía mil historias, a cual más disparatadas, acerca de increíbles voces interestelares.

Sin embargo, yo no sentía ganas de burlarme de él. Contemplaba las transidas facciones de Howard, y podía ver el brillo que fulguraba en sus ojos acuosos, de color verde desvaído.

No, no podía burlarme de Howard, porque, probablemente..., estaba enfermo, había perdido la razón.

La guapa doctora Harris se acercó, en aquel momento, al grupo formado por Howard, Anthony Beck y yo mismo.

Vi que ella dirigía una intensa ojeada profesional a Howard.

—Creo que ha trabajado demasiado, Clarence —dijo ella, suavemente—. Ha permanecido en tensión durante muchas horas seguidas, y sus nervios... Venga conmigo. Le inyectaré un sedante, y podrá descansar durante unas horas.

Me sorprendió la violenta reacción del ingeniero de Telecomunicaciones.

Bruscamente, se soltó de las manos de la doctora, se apartó de un respingo, y gritó:

—¡No se trata de mis nervios, doctora Harris! ¡Se trata de alguien que está agonizando en el espacio! Las .señales... ¡Las señales llegan nítidas, clarísimas! ¡Yo diría que es el llanto de un niño!

Howard temblaba de pies a cabeza.

¿Un ataque de epilepsia... o el resultado de la indignación, puesto que ninguno de nosotros había demostrado el menor crédito a sus palabras?

Con el fin de relajar su tensión nerviosa, hice un esfuerzo por sonreír afablemente.

—Está bien, Clarence. Eso puede ser interesante —afirmé—. Vamos, quiero escuchar esas señales.

Inmediatamente, el rostro de Clarence se distendió. Su atención se fijó en mí, exclusivamente en mí.

—¡Venga, venga conmigo, coronel! ¡Es… inaudito, ya lo verá! —exclamó.

Corrí tras él, hacia la cabina de comunicaciones.

Y Anthony Beck nos siguió.

Una vez en la cabina, Howard tomó asiento en su puesto, se colocó los auriculares, y movió un dial en el aparatoso panel de instrumentos.

Pasaron unos segundos.

Poco a poco, el brillo de sus ojos desapareció. Al cabo, se volvió hacia mí, se encogió tristemente de hombros, y susurró:

—Es inútil. Ya no se oye nada.

CAPITULO II

Aida Harris se desasió de mis brazos bruscamente.

En el fondo de sus ojos oscuros había odio latente.

—Me da asco, coronel Brown —murmuró entre dientes—. Trata de aprovecharse de su cargo, de su mando, ¿verdad? —y añadió, con sorda rabia—: El bizarro, el magnífico coronel Walter Brown, un hombre blanco, atlético y poderoso, cree que la mujer negra, aunque se trate de la doctora Aida Harris, caerá en sus brazos como si recibiera el más excelso don del cielo, ¿no es eso?

—Pero… ¿qué tontería estás diciendo, Aida? —fui capaz de articular.

Cierto que me había dejado llevar de la pasión, de la más intensa excitación de los sentidos…

Aida y yo habíamos bebido unos cuantos cócteles juntos; ella era una mujer muy hermosa… Cuando todos se fueron a la cama, yo la invité a tomar la última copa en mis habitaciones, y entonces…

La había abrazado locamente, y la había besado en los labios hasta saciarme.

Luego ella había mordido mis labios como una fiera salvaje, y me había rechazado con fuerza increíble.

Ahora me contemplaba con fiereza sin igual.

—¡El gran amo blanco, todopoderoso…! —gritó, excitada hasta el paroxismo.

Por mi parte, dejé escapar una carcajada nerviosa.

¡Era inaudito!

Cuando las diferencias raciales estaban superadas en todas las naciones de la Tierra, Aida Harris parecía sentirse discriminada.

—No seas estúpida —clamé—. Nada de amo blanco ni de abuso de poder. Tú eres una mujer joven, bella, atractiva…

—…y de piel negra —completó ella, con terrible frialdad.

—¡Vete al diablo! —rezongué, perdida la paciencia—. Confieso que

el aroma de tu piel y la suavidad de tus cabellos negros me han embrujado, por un instante. Y a ti tampoco parecía desagradarte mi proximidad, mis caricias… ¿A qué viene, pues, esta escenita?

El magnífico busto de la doctora Harris se estremeció al compás de la respiración.

Me miró de hito en hito. Y, finalmente, habló con lentitud:

—Viene a… que, de repente, he experimentado una profunda repugnancia hacia usted, coronel.

Me ofendió, no voy a negarlo.

No soy un «dandy», pero es habitual que me ocupe de mi higiene personal, y también de presentar un aspecto físico aceptable.

Advirtiendo mi estado de ánimo, Aida se apresuró a remachar el clavo:

—No lo entiende, ¿verdad? Para usted era lógico que la mujer negra se plegase a sus caprichos sexuales, sin más… Pero la mujer negra, la doctora Harris, puede escoger al hombre que más le atraiga. ¡Y ese hombre no es usted precisamente, coronel Brown! —gritó.

Un residuo de orgullo racial vibraba en sus palabras. Desde luego, yo había oído algunos rumores: años atrás, Aida Harris se había distinguido como jefe del más virulento movimiento segregacionista de las razas de color norteamericanas.

Hasta cierto punto, todo ello era lógico. Durante siglos, el hombre blanco había apartado de su lado al negro, como a un apestado. Así que, cuando se demostró que la raza negra estaba intelectualmente tan capacitada como las demás, y físicamente era incluso superior, surgieron aquellos movimientos exaltados del «Black Power», «Free Negroes», etcétera.

En cuanto a mí, que había nacido en mil novecientos noventa y dos, en pleno Bronx (Nueva York), puedo jurar que jamás había albergado en mi corazón el menor sentimiento despectivo hacia otras razas…, por todo lo cual la violenta reacción de la doctora Harris me sorprendió sobremanera.

Como quiera que soy un hombre ecuánime, aún intenté arreglar las cosas. Para lo cual, avancé unos pasos hacia Aida, y traté de tomar una de sus manos.

—Aida, estás equivocada. Soy un hombre sin prejuicios raciales. . —

empecé a decir, sonriendo afablemente.

Sus manos eran finas, pero fuertes. Y sus uñas, tan afiladas, que dejaron un rastro sanguinolento en mis mejillas.

El bofetón me paralizó.

Y cuando fui capaz de reaccionar, ella había huido.

Me encogí de hombros, despechado.

«En fin, es cosa suya», pensé. Y me hice el firme propósito de tratar a la doctora Harris con toda la indiferencia del mundo, de allí en adelante.

La verdad era que en la Moon-Base-One no faltaban mujeres atractivas para un hombre sin prejuicios como era yo.

Estaba Stella Davis, la auxiliar sanitaria de la doctora Harris. Stella era una rubia opulenta, de carácter alegre y familiar trato, que continuamente se desvivía por atenderme.

También formaban parte de la nómina Jane Mclntire, ayudante del intendente; Irene Castro, especialista en Informática; Louise Saint-Paul, analista de laboratorio v ayudante del arqueólogo Rubber; Perla, Haynes, Barbra Stewart, Helen O'Hara...

—¡Al diablo con la doctora Harris! —gruñí.

Me dejé caer sobre el lecho, y me quedé dormido como un tronco, empujado por los vapores alcohólicos.

* * *

Confieso que Aida Harris me atraía poderosamente.

Era esbelta y grácil como una gacela, joven, llena de vida, sensual en el más leve de sus movimientos...

Me costó gran esfuerzo, sin embargo, sustraerme a su hechizo, a lo largo de los días siguientes.

Me cruzaba con ella a menudo, en los pasillos de la Base. Aida se ponía rígida inmediatamente, erguía el mentón y pasaba junto a mí, fingiendo no verme.

Pero yo la veía, y experimentaba en lo más profundo de mi masculinidad la llamada erótica que parecía emanar de aquel esplendente cuerpo de mujer.

Soy un incrédulo, un hombre práctico, un agnóstico convencido... Pero también, sin lugar a dudas, un individuo sensitivo, incapaz de disimular por largo tiempo mis sentimientos.

Me costaba un gran esfuerzo mantenerme indiferente junto a Aida Harris, ésa era la verdad.

Durante las horas de servicio, la proximidad, la convivencia con ella, era más llevadera. Al fin y al cabo, el coronel Walter Brown —yo —era el jefe de la Moon- Base-One, y todas las personas que pertenecían a la unidad debían plegarse a la disciplina que emanaba de mí.

Pero, cumplido el servicio, cuando cada cual podía disponer de su tiempo y su persona libremente... Entonces la convivencia se tornaba más difícil, en relación con la bellísima v delicada doctora Harris.

¿He dicho *delicada*?

¡Delicada...!

¡Claro que era delicada! Observándola a diez metros de distancia, pocos ojos humanos hubieran podido contemplar un cuerpo de mujer más perfecto.

Era alta, casi tanto como yo. Y esbelta. Elástica como una palma, y bella como sólo una mujer joven puede parecerlo.

Por desgracia, yo conocía por experiencia propia otras facetas de su carácter. Aida Harris sabía también ser dura, fría y salvaje.

Para evitar encontrarme con ella, estuve sin aparecer por el bar durante los tres días siguientes.

Tenía, por otra parte, otras cosas de las que ocuparme. Por ejemplo: Donald Rubber, el arqueólogo, había descubierto... ¡un esqueleto!

Meticuloso hasta el límite —como cualquier otro científico—, Rubber había impresionado muchos metros de película, en su hallazgo.

Me había invitado a contemplar el filme. Y la verdad es que me impresionó intensamente.

Los fotogramas evidenciaban que se trataba de un esqueleto en perfecto estado de conservación: un esqueleto humanoide.

—Humano —me corrigió inmediatamente Donald Rubber.

Instintivamente, me agité sobre mi asiento.

—No es posible —refuté —. Si existió vida sobre la superficie de nuestro satélite, eso debió de ser…

—Mucho antes del Cuaternario —especificó Rubber, doctoralmente —. Antes de que el *homo sapiens* adquiriera una forma humana sobre la Tierra.

—¡Es prodigioso!—alabé, sin ambages—. Se trata de un valioso descubrimiento, Donald. Ese esqueleto se convertirá en una importantísima pieza de museo, en cuanto seamos relevados de la Moon-Base-One y volvamos a la Tierra.

Rubber movió la cabeza, dubitativo.

—No estoy seguro de ello —murmuró.

—¿Por qué no? —insistí—. Es un fósil de importancia capital…

Me interrumpió en seguida.

—No se trata de un fósil, Walter —puntualizó—. He analizado escrupulosamente esos restos, y puedo asegurar, con toda seguridad, que ese esqueleto apenas ha estado sepultado bajo el polvo lunar unos… cincuenta años.

Aunque mi sorpresa iba en aumento, realicé un rápido cálculo mental.

Y dije:

—Lo cual viene a significar que esos restos apenas fueron depositados bajo la superficie lunar en… mil novecientos setenta. ¡Déjame pensar, Donald! No creo que sea muy arriesgado calcular que se trata de los restos de un cosmonauta ruso…

Rubber no respondió.

Absorto en su tarea, se dedicaba a rebobinar rápidamente la película que acabábamos de ver.

—Voy a proyectarla otra vez, Walter. Te ruego que pongas en ello toda tu atención —me rogó.

Apagó la luz, y la pantalla se iluminó.

Por mi parte, me sentía tan interesado en el asunto que no me fue difícil concentrar toda mi atención en lo que se veía en la pantalla.

La cámara había insistido, con excelente luz, sobre aquel blanquecino esqueleto.

Y ello me permitió observar la delgada arista de la calavera, la aguzada forma del esternón, las poderosas caderas humanoides y... unas extrañas excrecencias óseas sobre la espina dorsal, tan agudas como cuchillas.

—No parece un ser humano... tal como nosotros lo entendemos —murmuré, al fin.

Donald Rubber me escrutaba fijamente.

—¡Eso es! Quería hacértelo notar, Walter —explicó—. Cierto que ese esqueleto guarda un notable parecido con el de un ser humano, pero si lo observamos en profundidad, llegaremos a la conclusión de que ofrece grandes diferencias...

Quedé pensativo durante unos segundos.

En realidad, me sentía transformado. Porque yo, que siempre había dudado racionalmente de la existencia de otros seres lejos de nuestro planeta Tierra, comenzaba ahora a experimentar serias dudas.

Rubber, intencionadamente, volvió a proyectar de nuevo la película de su descubrimiento.

—¡Observa con atención! —instó—. Ahora vemos el cráneo. ¿Lo ves? Existe una especie de cresta córnea desde el frontal hasta el occipital, es decir, desde la frente hasta el occipucio, cerca de la nuca...

—Sí —asentí, absorto.

—Sigue observando. Si es necesario, detendré la imagen. Mira la distribución general de los huesos. Es muy parecida a la de un esqueleto humano. Pero podemos ver ostensibles diferencias. Por ejemplo, en el brazo hay un doble radio y en la pierna, una doble tibia. Sin embargo, lo más importante es...

—¿Qué...? —indagué, muy interesado ya.

—El tremendo volumen craneal, encefálico. ¡Míralo! Ese hombre... o lo que fuere, poseía un cerebro prodigioso. Lo he medido escrupulosamente, Walter, y puedo asegurar que ese ser poseía un cerebro dos veces más voluminoso que el más capacitado de los humanos.

CAPITULO III

John Larssen, uno de los pilotos de nuestros tres módulos espaciales, tiró los dados y sacó cuatro ases.

Acababa de recoger los dados y los dejaba caer en el fondo del cubilete de cuero sintético, cuando apareció Howard.

—¡Otra vez! ¡He vuelto a escuchar esos gemidos espeluznantes! —gritó.

Vi de reojo que la doctora Harris se le quedaba mirando, con extraño gesto.

Los demás no se atrevían a reírse ya. Probablemente, a Howard le consideraban un loco de atar.

Pero yo no pensaba lo mismo. Durante cuatro días, había estado observando disimuladamente a Clarence Howard. Y su conducta me había demostrado que aquel hombre se encontraba perfectamente cuerdo, aparte de sus peculiares emotividades del momento.

Por eso dejé la partida, y corrí hacia Howard.

No pronuncié una sola palabra. Clarence me había tomado por un brazo, y me guiaba velozmente a través de los pasillos.

En cuanto penetramos en la cabina de comunicaciones, se dejó caer sobre su asiento, aproximó los auriculares a su oído derecho, escuchó brevemente, y se volvió hacia mí, triunfal:

—¡Se oye, coronel! ¡Puedo oírlo perfectamente! ¡Y también usted lo oirá! —gritó, con una mirada brillante.

No tenía muchas esperanzas, pero tendí mi oído.

Sin apercibirme de ello, Aida Harris acababa de penetrar silenciosamente en la cabina de comunicaciones.

Howard manejó un «dial» en su panel de instrumentos hasta conseguir aislar y perfeccionar la señal que seguía a través de los auriculares.

Entonces resonó en mis oídos aquel lamento.

Quedé sobrecogido.

Porque, como Howard había afirmado desde el primer momento, se trataba de un gemido humano.

No podía equivocarme: era algo espeluznante.

«Como el vagido de un bebé, debatiéndose entre la vida y la muerte», pensé.

Howard elevó el volumen de la audición. Y el efecto fue impresionante: de repente, escuché el alarido de Aida Harris:

—¡Dios mío! ¡No es posible…!

Clarence Howard se volvió hacia mí, y me dirigió una penetrante mirada.

—¿Lo comprende ahora, coronel?

—Sí —dije—. Pero… ¿cómo?

—No lo sé —gimió, trastornado—. Sólo sé que alguien está muriéndose. Y no se encuentra muy lejos de aquí.

Aida se había aproximado lentamente.

Sus morenas facciones tenían un tinte terroso. Pero era indudable que el interés había prendido en ella.

Resultaba impresionante.

Yo escuchaba aquellos vibrantes gemidos e, inconscientemente, imaginaba a un recién nacido desnudo, buscando penosa y torpemente el cuerpo de una madre… muerta.

—¡Por amor de Dios! —gimió Aida, poniendo su mano sobre el brazo de Howard—. ¡Haga callar ese sonido!

Clarence obedeció.

Los gemidos se esfumaron lentamente hasta desaparecer por completo.

Sin embargo, yo me sentía profundamente inquieto.

—¡Vamos, Clarence! —exigí, apartando a Aida sin violencia—. Dijiste que alguien estaba muriéndose… no muy lejos de aquí. ¿Qué quisiste decir con ello?

Howard se sentía ufano ahora.

Y tenía toda la razón del mundo. Le habíamos tomado por loco, con sus extrañas historias, y ahora… resultaba que había algo tangible.

—Yo lo dije a todos, pero no querían creer en mis palabras, coronel. Yo escuchaba las voces que llegaban del espacio, pero…

—Está bien, está bien —le atajé—. Pero ahora…

—Durante muchas horas, he permanecido en esta cabina, atento a las señales de radio, hasta quedar extenuado —insistió Howard, machaconamente —. Desde el momento en que sintonicé la emisora, estuve realizando meticulosas mediciones. He adelgazado veinte kilos y… todos se burlaban de mí. Pero… Está bien, coronel: usted nunca se burló de mí. Hablaré claramente: las mediciones que he realizado indican que la fuente de esas emisiones se encuentra… en órbita alrededor de la Luna.

Sobre su mesa había un pliego de papel cuadriculado, con las características anotaciones de mediciones espaciales.

Clarence tomó aquella hoja, y me la mostró.

—¿Lo ve? Ahora mismo está aquí.

Me bastó un vistazo detenido para comprobar que las mediciones de radio-frecuencia realizadas por Clarence eran escrupulosamente exactas.

Es decir: un cuerpo extraño, que emitía en onda corta, estaba orbitando la Luna, en vueltas que pasaban muy cerca de la Moon-Base-One.

Tomé el interfono, y llamé a Irene Castro.

Diez minutos después, Irene me informaba claramente:

—El radar acusa la presencia de un cuerpo de considerables proporciones en órbita sobre la Luna, paralelo «Serenidad». Velocidad decreciente, masa…

—¿ Masa? —indagué, inquieto.

—Déjeme hacer algunos cálculos, coronel… Sí… Posee las dimensiones propias de una gran astronave, unas diez veces el volumen de nuestros módulos voladores. Consistencia… metálica. El contador Geiger recoge radiaciones… No mortales… En la «memoria»

del radar puedo leer algunos otros datos: ese cuerpo comenzó a aproximarse a la Luna hace, aproximadamente.... siete días terrestres. Su órbita está declinando ostensiblemente, desde entonces.

—Y eso, ¿qué diablos significa? —pregunté, más tenso de lo que me hubiera gustado reconocer.

La voz de Irene Castro resonó con un trémolo de angustia:

—Que se estrellará sobre la superficie de la Luna en un plazo de...— la bella californiana debía estar realizando un rápido cálculo —. Se estrellará en un plazo de tres horas. Pero...

—¿Sí?

—Como la órbita que describe pasa precisamente sobre nuestra Base, existe un riesgo remoto de que se estrelle sobre nuestras instalaciones. Lo siento, coronel, trato solamente de tener en cuenta todas las posibilidades.

Tragué saliva.

—Muy bien, Irene. Manténgase ahí, y no deje de seguir el rastro de ese... «cuerpo» —ordeñé.

Inmediatamente, comuniqué por el interfono con John Larssen y dije:

—Vamos a volar, John. Ve hacia el silo. Tenemos una operación de emergencia.

Giré con tanta brusquedad que tropecé contra Aida Harris. Nuestros cuerpos quedaron tan estrechamente unidos que incluso pude percibir el cálido soplo de su aliento sobre mis labios.

—Discúlpeme —dije.

Y apartándome de ella, abandoné la cabina.

* * *

John y yo estábamos allá, en lo alto del terciopelo espacial.

¿He dicho terciopelo?

No he exagerado. A diez mil metros sobre la superficie lunar, el espacio parece un manto oscuro, mate, sin fondo.

Sobre las cromadas planchas del módulo número Uno, John Larssen

había tenido la humorada de pintar un gran rótulo con pintura azul: TOMORROW (1[1]).

—Mañana es hoy —dije, observando la cara iluminada de aquel distante globo azul-blanquecino llamado Tierra.

En la mitad de la Tierra era de día, pero allá arriba, en el vacío sin fin, reinaba la noche eterna.

No sé por qué, pero mi ánimo estaba imbuido de fúnebres presagios.

Larssen, sin embargo, parecía divertido.

—Ahí lo tenemos —dijo, de repente.

No parecía muy impresionado.

Durante una larga hora, Larssen había acelerado los reactores de su módulo «TOMORROW», una vez alcanzada la altitud de la órbita descrita por el extraño cuerpo que circunvalaba la Luna.

Yo, sin embargo, no me sentía tan tranquilo como Larssen. Y cuando él afirmó sencillamente «*Ahí lo tenemos*», me incliné ávidamente sobre la pantalla del radar electrónico.

¡*Allí estaba*!

Irene Castro no se había equivocado demasiado en sus evaluaciones. Según pude calcular, el «cuerpo» que caminaba ante nosotros, apenas a veinte millas de distancia, vendría a ser como doce de nuestros módulos, en cuanto a volumen.

Una masa muy considerable, teniendo en cuenta que el «TOMORROW» de John Larssen medía cuarenta metros de longitud por treinta y cinco de envergadura.

John debió adivinar mi pensamiento, porque le vi accionar un mando, e inmediatamente brilló un puntito plateado en la pantalla de televisión.

—No parece gran cosa —bromeó John. Y agregó—: Visto desde aquí, claro.

—¿No puedes aproximar el «TOMORROW»? —grité, excitado.

—Lo intentaré —prometió Larssen.

Pude percibir inmediatamente el efecto de la aceleración en la pesadez que sentí sobre mi cuello, que debía presentar en aquellos

momentos un intenso tono rojo carmesí.

Minutos después, el «TOMORROW» se había situado apenas a una milla de distancia del «cuerpo».

Larssen graduó el teleobjetivo de la cámara de televisión de su módulo, y en la pantalla contemplamos una imagen nítida.

Quedé sin habla, al observar el formidable artefacto.

Vi un magnífico fuselaje rojizo, una maravillosa estructura, hecha para volar por el Cosmos...

De su parte posterior partía una batería de aberturas octogonales, que tenían un relumbre de rubí.

Durante unos minutos, contemplé, extasiado, la bellísima forma aerodinámica de la hermosa astronave que nos precedía en órbita alrededor de la Luna.

Era algo digno de contemplarse. Parecía emanar un fulgor rosado, y navegaba equilibradamente a través del vacío estelar.

Tanto Larssen como yo, permanecíamos hipnotizados en la contemplación de la bellísima imagen que nos ofrecía la pantalla de televisión.

De repente, reaccioné al comprobar que nos aproximábamos peligrosamente a la extraña astronave rojiza.

—¡John! —grité.

Larssen se inclinó apenas sobre el monitor que tenía al alcance de la mano, y redujo la aceleración de los reactores.

—Es... ¡maravilloso!—le oí murmurar—. ¡Jamás había visto nada igual!

—Tampoco yo. Pero ahora ha llegado el momento de actuar —dije.

—¿Y bien? —preguntó John, con un leve trémolo en la voz.

—Debes ascender. Tratemos de situarnos sobre ese... esa astronave —indiqué.

Entonces comprobé, con estupor, que John estaba amedrentado. Se habían invertido los papeles: ahora era él quien tenía miedo.

Por el contrario, yo me sentía seguro de mí mismo.

—¡Sube! —ordené.

Larssen giró la cabeza hacia mí. Le temblaban los labios cuando logró pronunciar:

—Pero… ¡Walter! No… sabemos nada acerca de esa… astronave. ¿Quién… quién sabe si… podrían destruirnos?

—Conecta la radio —dije.

Obedeció.

Inmediatamente pudimos escuchar aquel vagido espeluznante.

Nunca olvidaré lo que significó para nosotros escuchar aquel llanto intermitente, sincopado, estremecedor.

Una criatura estaba llorando, yo no podía dudarlo. Era el llanto desesperado de… ¿un bebé, de un pequeñín recién nacido?

Me sentí ridículo pensando en ello, cuando nuestro módulo «TOMORROW» orbitaba tras la estela de la colosal astronave rojiza, como una avispa pudiera volar tras el airoso vuelo de un buitre.

Pero el llanto estaba allí, impresionando nuestros tímpanos a través de las ondas.

Entretanto, el módulo que pilotaba Larssen había conseguido remontar su órbita, con un esfuerzo desmesurado de sus reactores.

Nos deslizábamos ya sobre el alargado fuselaje rojo de la gran astronave.

La cámara de televisión del módulo, autoenfocada, nos permitía una perfecta visión de la desconocida nave espacial.

Ansiosamente, pulsé las teclas del código espacial que habían sintetizado los expertos criptólogos de la Tierra.

Aquel código no tenía ningún valor práctico demostrado. En síntesis, no era sino un ensayo de comunicación con otros seres, a través de ideogramas elementales.

Pero yo, tercamente, pulsaba el código, y enviaba mis llamadas a la nave sobre la que orbitábamos.

—Mó-du-lo *«TO-MO-RROW» lla-man-do a NA-VE RO-JA. Po-de-mos a-yu-dar-les. Res-pon-da*n —decía el mensaje.

Sorprendentemente, en la pantalla negra próxima al ideo-teclado surgió una luz destellante, anaranjada.

Quizá parezca idiota decir que me sentí emocionado, pero… yo había utilizado experimentalmente muchas veces aquel aparato, en las largas veladas lunares, y el receptor jamás había acusado la menor reacción.

Ahora la respuesta era clarísima. La luz destellante brilló exactamente diez veces, y luego surgieron las fosforescentes sílabas sobre el fondo negro de la pantalla del ideo-teclado.

—*Re-co-gi-do men-sa-je. Va-mos a des-cen-der* —leí, estupefacto.

Larssen me miraba, sobrecogido de espanto. Y tuve que golpearle en la espalda para que reaccionara, pues nuestro módulo descendía peligrosamente sobre la brillante superficie rojiza de la astronave.

—*Recogido mensaje. Vamos a descender* —repetí tontamente.

¿Qué hacer? Una estúpida idea vino a mi mente:

—*Por fin, aquí tenemos a los extraterrestres*.

Yo había estudiado con sumo interés la historia espacial de mi país. Habíamos inspeccionado escrupulosamente los planetas del sistema solar, teníamos la seguridad de no encontrar vida tal como nosotros la imaginábamos en ninguno de aquellos cuerpos celestes.

Cierto que el Cosmos no se terminaba en nuestro sistema solar, pero todo lo demás… ¡quedaba tan remoto!

Y ahora…

Inconscientemente, comencé a teclear instrucciones.

—*De a-cuer-do. Des-cien-dan so-bre Mar de la Se-re- ni-dad* —indiqué a través del ideo-teclado.

Súbitamente, el módulo «TOMORROW» se agitó, como absorbido por un potentísimo tifón.

Al fin, Larssen logró dominar nuestra nave, y se volvió a mirarme, con la frente cubierta de sudor.

—¡Walter…! ¡Esa… astronave está *descendiendo*! —murmuró.

CAPITULO IV

Desde poco más de una milla, contemplábamos la colosal astronave posada sobre el fondo de la polvorienta depresión lunar.

—No lo entiendo —dijo Irene, a través de la radio—. Hubiera asegurado que ese cuerpo carecía de impulso. Según mis evaluaciones, calculé que había penetrado accidentalmente en el área gravitacional de la Luna, y que su inexorable destino era estrellarse contra la superficie de este planeta. Tenía que haberse desintegrado... ¡Esa enorme mole! Y sin embargo, ha descendido suavemente, y se ha posado tan fácilmente como una palmípeda sobre el lago Tanganika...

Excepto las seis personas que permanecían en sus puestos de la Moon-Base-One, el resto de los servidores de la base nos encontrábamos en el exterior, contemplando, atónitos, la increíble estructura de la nave roja.

Los aparatos de medición del módulo «TOMORROW» habían registrado casi fielmente sus dimensiones: trescientos veinticinco metros de longitud por cien de envergadura.

Yo mismo contemplaba, fascinado, la estilizada geometría de aquella extraña nave, que fulgía con resplandores de cobre a la fuerte luz del sol cenital.

—Irene, quiero comunicación con la Tierra —indiqué, a través de las ondas—. Slike comenzará a enviar imágenes de Televisión hacia nuestro planeta, en cuanto consiga comunicación con el mando en Houston. Permanezca atenta.

—Bien, lo intentaré —oí la voz de Irene, un tanto dudosa.

Di instrucciones a Slike, que se encontraba a bordo del vehículo que transportaba dos cámaras de televisión.

—Todo dispuesto, coronel —respondió.

En aquel momento, volví a escuchar la voz de Irene

Castro:

—Imposible establecer comunicación con la Tierra, coronel. La unidad de telecomunicaciones ha debido sufrir alguna avería

importante —me informó.

—¡Precisamente en un momento como éste! —rugí, irritado.

—No precisamente ahora, coronel —puntualizó Irene—. La radio y la televisión, como los aparatos de radar, comenzaron a sufrir alteraciones cuando esa… astronave se posó sobre la Luna.

Miré, inquieto, a las personas que me rodeaban, las cuales me escrutaban a su vez, a la espera de instrucciones.

—Escuche, Irene —hablé, nervioso—. Si las telecomunicaciones han sufrido avería, ¿cómo es que puedo comunicarme con usted, con Slike y el resto de las personas que me rodean?

—Lo ignoro, coronel. El monitor de actividad de la cabina se ha detenido… y, sin embargo, yo puedo escucharle a usted. ¿Cómo se explica? —respondió, confusa.

Yo no tenía respuesta para su pregunta, por lo que no respondí.

Indeciso, mis ojos fueron desde las cúpulas transparentes de la Base al fulgor rojizo de la astronave, que permanecía inmóvil a una milla de distancia de nosotros.

En aquel instante, sentí miedo.

Un miedo profundo, sobrecogedor. Miedo a lo desconocido, a todo cuanto se ocultaba tras el fuselaje de la insólita nave rojiza, llegaba desde Dios sabe qué remotos confines del Universo.

Pero junto a mí estaban Larssen, Howard y la doctora

Harris. Y me miraban fijamente, esperando, sin duda, la orden que habría de brotar de mis labios.

Ciegamente, me decidí.

—Veamos qué es *eso*—dije, señalando con un brazo extendido la silueta de la astronave.

Pedí a Larssen, Howard y la doctora Harris que me siguieran, a bordo del módulo «TOMORROW».

—Todos los demás, permanezcan a la expectativa —ordené.

Subimos al módulo, y me senté junto al piloto. Howard, ansioso, se sentaba detrás, junto a Aida Harris.

Pensé que, en el fondo, no había motivos para temer nada.

Los seres que viajaban a bordo de la astronave no habían demostrado, en ningún momento, la menor animosidad contra nosotros.

Por otra parte, mis artilleros permanecían preparados en los silos atómicos, dispuestos a repeler cualquier agresión.

El temor se alejó, tan rápidamente como había llegado. Por el contrario, una enorme curiosidad se apoderó de mí, y me sentí tan ansioso por saber como el propio

Clarence Howard.

Nuestro módulo se elevó suavemente, y voló a escasa altura, en dirección a la brillante estructura roja.

Como si pudiese adivinar mi pensamiento, Larssen obligó al módulo a describir una lenta vuelta sobre aquella nave de formidables proporciones.

—Es más grande que el mayor de nuestros «jets» terrestres —murmuró el piloto, admirado.

A simple vista, no pude descubrir la menor abertura, a excepción de las enormes toberas octogonales a popa.

Mientras el módulo sobrevolaba el lugar, conecté el ideo-transmisor, y comencé a teclear.

—*Es-ta-mos vo-lan-do so-bre us-te-des* —transmití, con profunda emoción—. *Es-ta-mos dis-pues-tos a a-yu-dar-les*.

En la pantalla negra del ideo-teclado no apareció el destello anaranjado.

Insistí una y otra vez, repetí mi mensaje una docena de veces. Pero no obtuve ninguna respuesta.

—Insólita situación —murmuró Larssen, angustiado.

—Puedes jurarlo —respondí—. ¿ Por qué no contestan a nuestra llamada? Tenemos la evidencia de que «ellos» pueden entendernos.

El sol iba declinando ya, y sus vivísimos rayos languidecían en el poniente.

—Desciende —ordené a John—. Sitúa el módulo a cincuenta metros

de distancia de la nave.

Nuestro vehículo se abatió, obediente, sobre el polvo lunar.

En breves instantes, las cuatro personas que viajábamos en él, nos adaptamos los equipos de respiración autónoma, y descendimos.

Impacientes, contemplamos el fulgente fuselaje de la desconocida nave.

«¡Ábrete! —pensé, rabioso—. ¡Despeja, de una maldita vez, nuestra curiosidad!»

Quedé helado de espanto, al presenciar lo que sucedió a continuación... Las planchas de la nave se desgajaron silenciosamente, y una considerable abertura ovalada quedó libre.

Simultáneamente, se desplegó una larga rampa metálica, que se extendió hasta el suelo, a modo de escala.

Aida Harris dejó escapar un gemido sobresaltado.

Pero yo me separé de ellos, y caminé lentamente hacia la rampa.

—¿Qué esperáis? —grité, por mi intercomunicador—. ¡Que me aspen si esto no viene a ser una invitación en regla para visitar esa astronave!

Clarence Howard me siguió, sin dudar. Detrás de él, con mayores precauciones, avanzaron Larssen y la doctora Harris.

Inicié la escalada sobre la rampa.

Juro que estaba decidido a llegar hasta el final. A pesar de lo cual, noté que mi piel vibraba bajo mi traje lunar.

La abertura medía más de dos metros de altura, y me permitió pasar sin inclinarme.

Miré a mi alrededor, suspendida la respiración.

Mis dedos palparon las metálicas paredes del vestíbulo circular. Paredes absolutamente lisas, sin la menor unión ni abertura, como si hubieran sido fundidas en una sola pieza.

—¿Qué...?—murmuró Howard, que acababa de penetrar detrás de mí.

Me encogí de hombros, señalando el redondo receptáculo, con un

movimiento de mi mano derecha.

Aida y John entraron en seguida.

—¿Y ahora. .? —dijo el piloto.

La abertura por la que habíamos penetrado se cerró silenciosamente a nuestra espalda, y Larssen se volvió, de un respingo.

—¡¡Encerrados!! —gritó, lívido.

—Cálmate —le recomendé, aunque me sentía tan tenso como él —. Todo debe tener una explicación.

De repente, percibí que el recinto estaba iluminado por una luz tenue, azulada, aunque mis ojos no podían ver ninguna lámpara.

Estaba pensando en ello, y todos contemplábamos, asustados, la puerta que acababa de cerrarse —el lugar donde había estado la abertura, mejor dicho—, cuando escuchamos aquel leve silbido.

Incrédulos, contemplamos la abertura ovalada que acababa de abrirse a nuestra espalda.

—¡Asombroso! —exclamó Howard, maravillado.

Un ancho pasillo nos invitaba a avanzar.

Nuestras pesadas botas resonaron extrañamente, en aquel recinto metálico.

—Curioso —siseó Larssen —. Hay atmósfera respirable.

Yo también consulté el analizador de atmósfera de mi monitor, y comprobé que el aire dentro de la astronave era extraordinariamente rico en oxígeno.

—Por eso cerraron la abertura exterior: para evitar la pérdida de presión —observé.

Larssen se libró impulsivamente de su esfera transparente. Un momento después, arrugó el ceño y gruñó:

—¡Diablos! ¡Huele a rayos!

Siguiendo su ejemplo, desmonté mi escafandra, y aspiré el aire con precaución.

Una violenta arcada agitó mi estómago.

—¡Puah! No huele a rayos —afirme—. Huele a... muerto.

John se puso nuevamente la escafandra, y yo le imité en seguida, pues el hedor que se respiraba allí era insoportable.

Nos miramos en silencio, antes de seguir avanzando.

Era evidente que todos nos sentíamos muy impresionados, incluido el animoso Clarence Howard.

Entonces escuchamos aquel lamento sobrecogedor.

El sonido era claro y potente: en algún rincón de la rara astronave, alguien gemía desgarradoramente.

De nuevo, la curiosidad se impuso a nuestro temor. A paso vivo ahora, sin la ingravidez característica de la superficie lunar, nuestros pies se deslizaron, raudos, sobre el piso metálico.

El anchísimo pasillo terminó bruscamente en una espaciosa estancia circular, coronada por una elevada cúpula semiesférica.

Nuestras miradas, ávidas, captaron la insólita geometría de los aparatos que se alineaban en circunferencia.

Vimos también las inmóviles siluetas que parecían reposar, inclinadas, sobre los aparatos.

Fue Clarence el primero en moverse. Le vi correr hacia una de aquellas figuras inmóviles, y retirarse bruscamente, espantado.

—¡Dios mío! ¡Están todos muertos!—resonaron metálicamente sus palabras, a través del intercomunicador.

Me aproximé lentamente a él, y miré a aquella criatura, con una mezcla de curiosidad y de pavor.

Vestía una rara prenda flexible y de apariencia metálica, que se cerraba en torno al cuello, y cubría estrechamente sus extremidades anteriores y posteriores.

Aquella criatura tenía proporciones humanas, pero ofrecía notables diferencias con un hombre como yo.

Con sumo cuidado, incluso con repugnancia, no exenta de temor, lo tomé por los hombros, y reposé su tronco sobre el ancho respaldo de su asiento metálico.

Clarence observó, con ansiedad, aquel formidable cráneo terminado

en una cresta salgital ósea, la dilatada frente, las facciones minimizadas, casi inexistentes…

El rostro, si así podía llamarse, era de pequeñas proporciones. Aunque los amarillentos párpados estaban cerrados, debía poseer unos globos oculares enormes. Debajo vi una nariz achatada, una mejilla que debía ser la boca, y un mentón puntiagudo.

Aquel «rostro» carecía de barba y tenía un tinte oliváceo.

A simple vista, podían observarse las excrecencias córneas de la espina dorsal y el prominente esternón, en forma de arista.

Los pabellones auditivos eran casi inexistentes, aunque pude ver dos círculos metálicos en ambos parietales, que se sostenían por sí solos.

¿Auriculares…?

Supersticiosamente, me separé de aquel cuerpo que Clarence Howard observaba con condensada atención.

Dirigí una lenta ojeada a la estancia, y conté hasta veinticuatro de aquellas criaturas, todas las cuales parecían inclinarse sobre los extraños paneles de los aparatos adosados sobre los oblicuos muros metálicos.

No tuvimos que esforzarnos demasiado para llegar a la conclusión de que todos estaban muertos.

En aquel momento, el alucinante e infantil gemido volvió a dejarse oír.

CAPITULO V

Todos nos volvimos, de un respingo.

¿Desde dónde provenía el impresionante lamento…?

Al volverme, comprobé, aterrado, que el camino que nos había llevado hasta allí había desaparecido.

También Aida Harris lo había notado, porque cuando me reuní con ella y con John Larssen, la mujer temblaba.

—¡Dios mío, es horrible! —la oí murmurar—. ¡Encerrados en un sarcófago metálico y… rodeados de cadáveres!

Sentí lástima de ella, pero procuré disimularla. Todavía guardaba en mi corazón un vivo rencor hacia aquella hermosa mujer de color, que me había despreciado, unos días antes.

—¡Walter! —exclamó John, temeroso —. ¿Qué vamos a hacer, cómo saldremos de aquí?

Yo lo ignoraba. Y me encogí de hombros.

—No lo sé —respondí —. Pero hay algo cierto: dentro de estos muros metálicos vive uno de «ellos». Tal vez, si encontramos a esa criatura que emite los gemidos, obtengamos alguna explicación.

Caminé, indeciso, a lo largo y lo ancho de la espaciosa estancia circular.

Era evidente que aquél era el puesto de mando de la astronave. Aunque los aparatos que contemplaban mis ojos eran absolutamente desconocidos para mí, algo en su ordenada colocación, en la actitud de aquellas criaturas inmóviles, me decía que, bajo la gran bóveda metálica, se encontraba el control de la nave.

De un momento a otro, esperaba ver desgarrarse los sólidos paneles metálicos, tal como había ocurrido con anterioridad.

Pero no ocurrió nada, y comencé a experimentar una angustiosa impaciencia.

Me preguntaba constantemente si podríamos salir de aquel recinto, al que Aida había llamado muy expresivamente «sarcófago metálico».

«Podrá convertirse en nuestra tumba», pensé, sombrío.

No exageraba.

Llevábamos cuarenta y cinco minutos respirando el oxígeno de nuestros equipos autónomos de respiración, que apenas tenían una autonomía de dos horas.

Lo que iba a ocurrir, transcurridas aquellas dos horas, estaba muy claro: nos veríamos obligados a prescindir de nuestras escafandras transparentes para... respirar el pestilente oxígeno de a bordo.

¿Y después...?

Impulsivamente, manipulé en el monitor colgado de mi pecho.

Trataba de comunicarme con Irene Castro, en la Base lunar, pero aunque lo intenté repetidamente, la bien timbrada voz de Irene no resonó en mis oídos, y finalmente me rendí a la evidencia: la radio no funcionaba, dentro de aquella mortal ratonera.

—¡Si pudiésemos encontrar a la persona que emite esos lamentos...! —exclamé, en voz alta.

Una sección del piso se abrió, a pocos pasos de distancia. Cerca de mí, la doctora Harris gimió, espantada.

A través de la abertura ovalada, pudimos ver la rampa de romos peldaños azulados, que desaparecía en las profundidades.

Caminé, decidido, hacia allí, pero John me detuvo por un brazo.

—¿Qué vas a hacer? —gritó.

—Echar una ojeada, eso es todo —respondí.

—Pero... ¿quién sabe lo que podemos encontrar ahí... abajo? —murmuró.

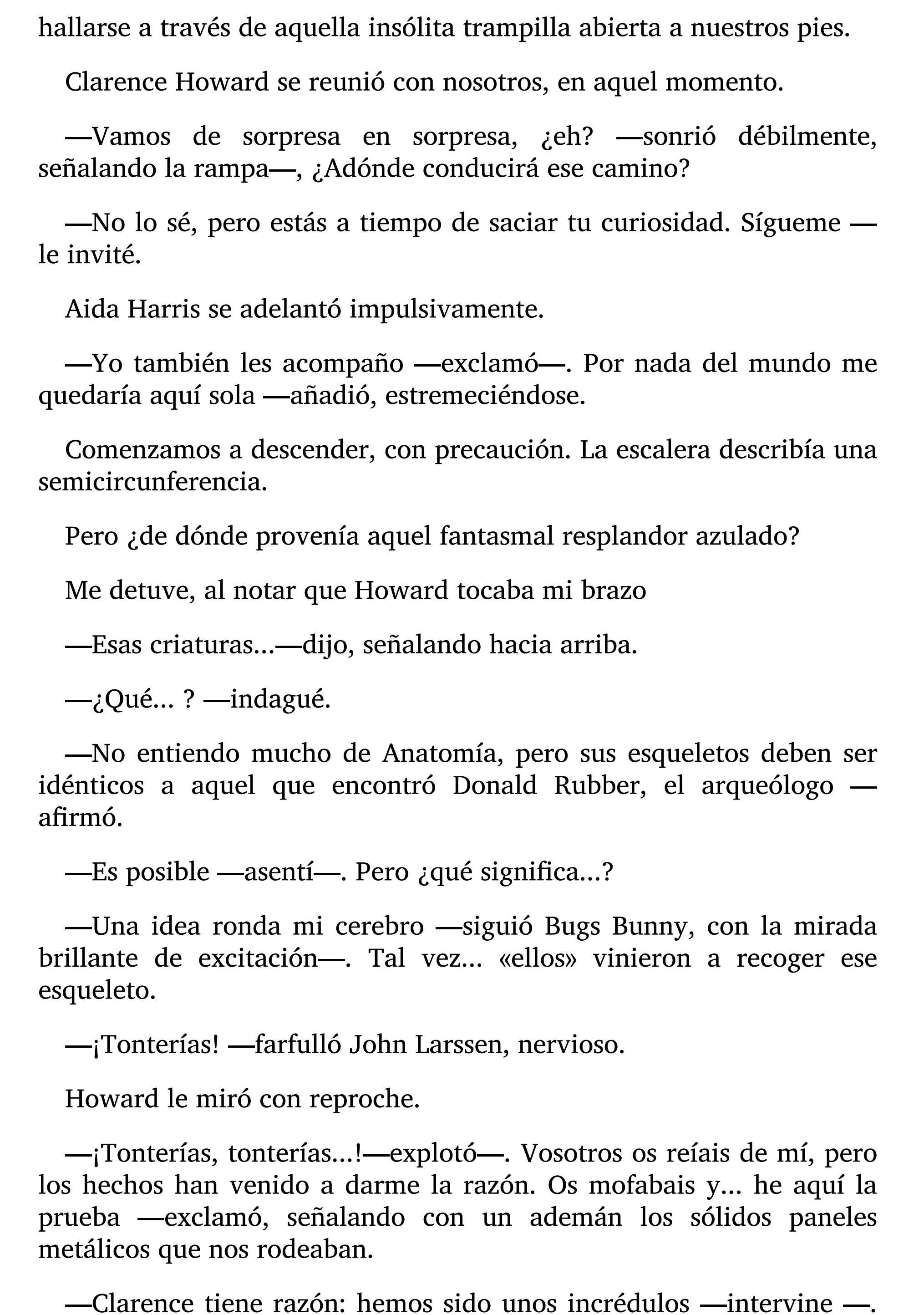
Suavemente me desasí de su mano.

—No lo sé —dije—, Pero, a pesar de todo, sigo experimentando una terrible curiosidad. Iré a ver qué hay abajo.

Mentía, desde luego.

En realidad, hubiera dado cualquier cosa por verme fuera de aquel lugar, en el confortable bar de la Base por ejemplo.

Sin embargo, algo en mi interior me decía que la solución podía


hallarse a través de aquella insólita trampilla abierta a nuestros pies.

Clarence Howard se reunió con nosotros, en aquel momento.

—Vamos de sorpresa en sorpresa, ¿eh? —sonrió débilmente, señalando la rampa—, ¿Adónde conducirá ese camino?

—No lo sé, pero estás a tiempo de saciar tu curiosidad. Sígueme —le invité.

Aida Harris se adelantó impulsivamente.

—Yo también les acompaño —exclamó—. Por nada del mundo me quedaría aquí sola —añadió, estremeciéndose.

Comenzamos a descender, con precaución. La escalera describía una semicircunferencia.

Pero ¿de dónde provenía aquel fantasmal resplandor azulado?

Me detuve, al notar que Howard tocaba mi brazo

—Esas criaturas...—dijo, señalando hacia arriba.

—¿Qué... ? —indagué.

—No entiendo mucho de Anatomía, pero sus esqueletos deben ser idénticos a aquel que encontró Donald Rubber, el arqueólogo —afirmó.

—Es posible —asentí—. Pero ¿qué significa...?

—Una idea ronda mi cerebro —siguió Bugs Bunny, con la mirada brillante de excitación—. Tal vez... «ellos» vinieron a recoger ese esqueleto.

—¡Tonterías! —farfulló John Larssen, nervioso.

Howard le miró con reproche.

—¡Tonterías, tonterías...!—explotó—. Vosotros os reíais de mí, pero los hechos han venido a darme la razón. Os mofabais y... he aquí la prueba —exclamó, señalando con un ademán los sólidos paneles metálicos que nos rodeaban.

—Clarence tiene razón: hemos sido unos incrédulos —intervine —. Pero ahora será mejor que sigamos adelante.

Terminamos de descender la escalera, y nos hallamos en una especie de amplio *hall*, del que partían cinco anchos pasillos radiales.

Apenas habíamos descendido del último peldaño, cuando volvió a dejarse oír el espeluznante vagido.

Aida tembló de pies a cabeza, y todos nos apiñamos los unos contra los otros, como si nuestra proximidad pudiera protegernos.

¿Qué camino escoger? Por primera vez, desde que penetráramos en la colosal astronave roja, teníamos dónde elegir.

Indeciso, avancé unos pasos hacia el centro.

En aquel momento se oyó un zumbido a nuestra espalda. Nuestra tensión era tanta, que los cuatro giramos de un salto, como si fuéramos máquinas perfectamente programadas para actuar al unísono.

Algo sé deslizaba sobre unos de los corredores.

Una máquina, que apenas se levantaba cincuenta centímetros del piso, avanzaba hacia nosotros.

No parecía rodar sobre ruedas, sino que sencillamente se deslizaba velozmente hacia el centro geométrico.

John Larssen dio un salto hacia atrás, sobrecogido, y comenzó a retroceder por la escalera.

Pero el vehículo se detuvo, sin un chirrido, al llegar junto a nosotros.

Era una especie de semiesfera aplastada, sobre cuya parte superior podían verse unos a manera de asientos.

No eran visibles sus mandos ni su motor o sistema de propulsión. Y estaba allí, inmóvil, inofensivo, como si esperase que nosotros fuéramos a acomodarnos sobre sus asientos.

Y eso fue lo que yo hice, sin reflexionar. Impelidos por mi audacia, Howard y la doctora Harris me imitaron.

—¡Vamos, John! —grité.

Larssen se decidió, al fin.

Chorros de sudor descendían por su rostro, y parecía a punto de ahogarse, por lo que le animé a librarse de su escafandra.

Inmediatamente, el vehículo se puso en marcha. Seguía ahora, a la inversa, el mismo camino por el que había llegado.

John temblaba.

De repente, la escafandra se le fue de las manos, y rebotó sobre el piso metálico.

Coincidiendo con ello, brotó un fulgor azulado que cegaba nuestros ojos, y la pesada escafandra… ¡se desintegró!

Sin embargo, el vehículo que nos transportaba cruzó sobre el piso, sin que ninguno de nosotros sufriese el menor daño.

Todavía nos encontrábamos bajo el efecto de la tremenda impresión sufrida, ante el extraño y estremecedor fenómeno, cuando el vehículo se detuvo.

Nos miramos entre sí, indecisos.

¿Qué podíamos hacer?

Si abandonábamos el seguro vehículo que nos había llevado hasta allí, si poníamos pie sobre el piso, ¿no nos convertiríamos en fino polvillo cósmico, tras ser desintegrados…?

Nuestras dudas se disolvieron inmediatamente. Porque el muro metálico se dividió ante nosotros, y el vehículo avanzó.

Poco más allá, volvió a detenerse.

Vi una estancia, de regulares proporciones, de dimensiones semiesféricas, como la cabina de control de arriba.

Había unos objetos extravagantes junto a los muros. ¿Muebles, tal vez?

Sobre uno de ellos, que podía tomarse por un lecho, vimos un cadáver.

—Quien quiera que sea, está muerto —dijo John—. ¡El aire apesta!

Entonces algo se movió.

¡Y aquel vagido acudo resonó en nuestros oídos!

—¡Coronel! —grito Howard—. ¡Ahí hay alguien vivo! ¡Ese lamento… es el que escuchamos a través de las ondas!

En efecto, la criatura parcialmente oculta tras el cadáver de… ¿su madre? se movía, agonizante.

Despacio, impregnados de temor, descendimos del vehículo y

avanzamos.

Mis ojos vieron a aquella criatura.

CAPITULO VI

Creí contemplar algo espantoso. Pero no lo era.

Tenía unos ojos muy grandes, que brillaban húmedos. Y sus febles brazos se elevaban hacia mí.

Había algo suplicante en la expresión de aquella criatura, que tornó a gemir, al tiempo que trataba desesperadamente de arrastrarse hacia nosotros, tras el obstáculo que suponía aquel otro cadáver adulto.

—Yo diría que... es un niño —murmuró Clarence Howard, junto a mí.

Parecía un niño, con aquellas diferencias de la ausencia de cabellos, la arista sagital del cráneo y las placas de la espalda.

Sus movimientos eran torpes y desmayados.

—Está agonizando —susurré —. Los mayores han muerto... y él... —no sé por qué dije *él* y no *ella*—, él se encuentra desamparado.

Miré a Aida.

Aunque ella conservaba su escafandra, pude apreciar, sin esfuerzo, su expresión de repugnancia.

—¡Dios santo! —gimió Larssen, muy nervioso—. Y, ¿qué podemos hacer nosotros...?

A mí mismo me sorprendió mi declaración:

—Ayudarle, sacarle de aquí, evitar su muerte: eso es lo que podemos hacer.

Clarence me miró con interés.

—Sí. Pero... ¿cómo hacerlo? ¡No conocemos a estas criaturas, son seres absolutamente diferentes, procedentes de algún remoto lugar desconocido...! —exclamó.

—Lo sé —afirmé, pensativo —Pero es una criatura, un ser... ¡Diablos, sea como sea, debemos ayudarle!

Avancé hacia el lecho, y adelanté mis manos.

La doctora Harris me separó de allí, con violencia increíble.

—¡Está loco!—gritó, exasperada—. ¡No puede tocarle, no debe hacer nada por esa horrible criatura! ¿Es que no lo comprende? *Todos ellos murieron…*

—Todos, menos él —expliqué, jadeante —. Y voy a ayudarle.

Aida me cortó el paso con decisión:

—¡Espere! Quiero que reflexione antes… No, no crea que lo hago por interés personal hacia usted, coronel, sino porque soy la doctora Harris, la persona responsable de la sanidad y la seguridad médica en nuestra Base lunar —especificó con frialdad.

La criatura que se agitaba cada vez más débilmente sobre el cadáver, dejó escapar un apagado vagido.

—¿Y bien…? —exigí, impaciente.

—Está claro: todos los seres que viajaban en esta nave murieron como consecuencia de alguna epidemia. Una epidemia terrible, mortal, ¿comprende? Y usted, coronel, si toca a ese… ser se contaminará. Y posiblemente, un virus desconocido y letal, contra el que no tendríamos defensa, sería transmitido por usted a todos los servidores de la Moon-Base-One. Y ahora —Aida me dirigía una mirada fría—, ¿cree que tiene usted derecho a ponernos a todos en peligro?

La aparté de mi paso, con un empellón excesivamente violento.

—¿Sabe cuál es mi respuesta, doctora Harris? —gruñí, colérico—. Usted no teme por los demás, sino por usted misma. Está aterrada, ¿o es que no quiere reconocerlo? La veo temblar, se siente aterrorizada, ¿no es cierto?

Aida se apartó, dejando escapar un gemido.

Y yo me incliné, tomé al pequeño ser en mis brazos y me incorporé.

Era… condenadamente feo.

Pero en sus ojos había una decidida expresión humana, suplicante. A través de mi micrófono exterior oí que balbuceaba y… ¡rodeaba mi cuello con sus débiles brazos!

Giré sobre mis pies, y el muro metálico se dividió. No me sentí admirado esta vez por aquel fenómeno.

Decididamente, tomé asiento en el vehículo. John y Clarence me

imitaron, indecisos.

Luego, Aida llegó junto a nosotros y subió, aunque el pánico la empujó inmediatamente a apartarse de mí y del ser que yo llevaba en mis brazos.

Tal como esperaba, el vehículo se puso en movimiento en seguida, atravesó la entrada a la cámara, y se deslizó por el pasillo hasta detenerse en el centro geométrico de los corredores radiales.

Bajamos y tomamos la escalera, cuyos peldaños subí velozmente.

La criatura que mantenía en mis brazos temblaba.

Me pregunté qué necesitaría el extraño ser para sobrevivir. ¿Alimentos, medicinas..., cuidados médicos?

Cruzábamos bajo la gran bóveda de la cabina central, cuando el muro se dividió, permitiéndonos el paso.

Yo me sentía íntimamente admirado.

Aparentemente, todos los tripulantes de la colosal astronave roja habían perecido, por alguna extraña causa, menos la pequeña y débil criatura que temblaba sobre mi pecho.

Aparte de ello, parecía evidente que algún ente superior seguía ordenando las cosas a bordo. Porque, en caso contrario, ¿cómo explicar que un vehículo se trasladase por sí mismo, que aquellos inaccesibles muros nos dejaran libre el camino, en el momento oportuno...?

Al fin, nos encontramos en la cámara de descompresión circular, a través de la cual habíamos penetrado en la astronave.

Estaba íntimamente seguro de una cosa- en cuanto concentrara mi pensamiento, estaríamos libres.

Pero no llegué a concentrarme en aquella idea. Otra me perturbaba: el pequeño ser alentaba en mis brazos, *necesitaba respirar*. Pero yo no disponía de un equipo autónomo para él.

El problema era doble: tampoco John Larssen podría salir, puesto que la escafandra de su equipo se había desintegrado.

¿Que podíamos hacer, entonces?

John me dirigió una mirada angustiosa, consciente del problema.

—De alguna forma, debemos salir de aquí —dije en voz alta.

Súbitamente, un silbido agudísimo, paralizante, zumbó en mis oídos. Mi vista se nubló inmediatamente, y mis sentidos dejaron de percibir toda sensación de vida.

Luego —no podía calcular el tiempo transcurrido—abrí los párpados, escuché el débil gemido.

Parpadeé, espantado, al comprobar que me encontraba a bordo del módulo «TOMORROW».

Larssen ocupaba el puesto del piloto. Detrás de mí estaban Clarence Howard y la doctora Harris.

Entonces… ¿todo había sido un sueño, una pesadilla?

Algo palpitó entre mis brazos. Me incliné hacia adelante… ¡el bebé se agitaba desesperadamente sobre mis rodillas!

Aida gimió entre dientes, y John Larssen, sin su escafandra, se frotó vivamente los párpados.

—Esto es estúpido —gruñó —. ¿ No estábamos hace unos minutos a bordo de esa horrible astronave roja?

Giré el cuello, y miré a Howard y la doctora. También ellos se palpaban, maravillados, todavía incrédulos.

—¿Cómo… hemos… llegado hasta aquí? —tartamudeó Clarence.

Yo no podía explicármelo tampoco. Pero, en adelante, asistiríamos a toda una serie de hechos inexplicables.

—Vamos a la Base —ordené a Larssen.

Y nuestro vehículo se elevó del suelo, en medio de la creciente oscuridad lunar.

* * *

Stella Davis dejó la jeringuilla de inyecciones sobre una bandeja.

—Espero que el suero surta su efecto —dijo, con voz ronca.

Esterilizó sus manos, y se reunió conmigo en la habitación contigua.

—Debe disculpar a la doctora Harris, coronel —dijo Stella, más serena—. Créame, también a mí me ha costado un gran esfuerzo de

voluntad acercarme a esa criatura. Es... ¿cómo podría expresarlo? ¡Tan distinto!

Asentí.

Sin embargo, la cólera bullía en mi corazón: Aida Harris se había negado a cuidar a la criatura, una vez llegados a Moon-Base-One.

—No le tocaría por nada del mundo —había declarado, cuando le encargué aquel trabajo.

Me encrespé.

—¿Quiere decir que... va a dejarlo morir? —pregunté.

Las bronceadas facciones de la doctora Harris tenían un tono gris, y sus manos temblaban.

—No... puedo acercarme a él. Es algo superior a mis fuerzas —respondió, con un hilo de voz.

Me aparté de ella, profundamente irritado. Cierto que contemplar al pequeño ser, por vez primera, suponía una experiencia impresionante, pero yo me había acostumbrado ya, y el bebé extraterrestre no me parecía repugnante.

Por fortuna, la ayudante sanitaria de Aida Harris se dejó convencer por mis ruegos.

Ahora «Duende» —así le había bautizado Clarence, cuando volábamos hacia la Base —yacía en un recinto aséptico de la enfermería. Habían cesado sus lamentos, y permanecía inmóvil, respirando con dificultad.

Entretanto, la noticia de la existencia de un ser extraño, que era atendido en la enfermería, era ya conocida por todo el personal de la Moon-Base-One.

Una intensa excitación los dominaba a todos. Algunos se sentían llenos de curiosidad por contemplar a «Duende», pero otros...

Era evidente que la doctora Harris había hablado más de la cuenta, a pesar de mis específicas advertencias en tal sentido.

Lo cierto es que, cuando penetré en el bar, y me acerqué al grupo formado por Ed Smith, Brad Catto y otras tres personas, todos se apartaron de mí, como si estuviera apestado.

Más allá, apoyada de codos sobre una mesa, Aida Harris se

emborrachaba a conciencia, bebiendo copiosamente de la botella de whisky que tenía ante sí.

Noté clavadas sobre mí las torvas miradas del meteorólogo Smith y del intendente Catto.

—Calmaos —dije, apaciguador—. No estoy contaminado: he permanecido durante treinta minutos en la cámara de esterilización.

Pero todos se mantuvieron a prudente distancia de mí.

—Confiese que ha cometido una terrible imprudencia, coronel —acusó Ed Smith fríamente—. Jamás debió traer a esa repugnante criatura a esta Base. La doctora Harris afirma que todos los tripulantes de la astronave estaban muertos y que, probablemente, perecieron víctimas de algún terrible y desconocido virus. Dígame, coronel, ¿cree que su conciencia se sentirá tranquila si sucede que ese virus le ha sido transmitido a usted, y si, como tememos, terminarnos todos contaminados?

Todos me miraban acusadoramente. Aquellas personas, que habían sido mis más fieles colaboradores y amigos, se volvían ahora contra mí.

Debía hablar convincentemente. Y me esforcé en ello.

—La doctora Harris —dije, señalándola con un gesto—no puede afirmar tajantemente la existencia de ese virus, puesto que... había perdido el valor, y carece de la entereza suficiente para examinar y reconocer a la criatura que estamos tratando de salvar.

Aida no me miró. Se limitó a llenar su vaso de nuevo, y apurarlo con gran ansiedad.

Por su parte, Brad Catto avanzó dos pasos, y me escrutó fijamente a prudente distancia.

—De todas formas, la vida de ese ser carece de valor, comparada con la seguridad de todos nosotros, coronel —dijo.

Comencé a impacientarme.

—Ese niño..., esa criatura gemía, agonizante. Era una vida que había que salvar, y así lo decidí. No se trata de un bicho, de una sabandija peligrosa y repugnante, sino de un ser inteligente, ¿comprenden? —respondí con voz vibrante.

Un momento después, comprendí que no lograría convencerles.

Estaban aterrados, y su miedo superaba a todo raciocinio.

En aquel momento, Stella Davis me llamó, a través del intercomunicador.

—Por favor, venga en seguida, coronel —en su voz había un trémolo de incertidumbre.

Salí del bar. Detrás de mí se elevó un rumor de violentas voces, nada tranquilizadoras.

En la enfermería se encontraban Stella y Donald Rubber, que habían estado examinando a «Duende».

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Se muere, está ahogándose —me informó Stella.

Miré a través de la cámara aséptica, y comprobé que aquel pequeño cuerpo se retorcía desesperadamente, con las fauces abiertas, en un supremo esfuerzo por llenar sus pulmones de oxígeno.

Mi frente se cubrió de sudor. ¿Todos mis esfuerzos habrían sido en vano?

—Abra el paso del oxígeno —ordené a Stella.

—Pero, coronel, el oxígeno de la cámara es extraordinariamente rico. Podría ser contraproducente —opuso.

—Suminístrele más oxígeno —insistí.

Stella obedeció. Se oyó el potente silbido del oxígeno, circulando en el interior de la cámara.

Rubber y yo observábamos a «Duende», con entera atención. Sus espasmos cedieron progresivamente en violencia y, pocos minutos después, se había calmado por completo.

Su respiración se tornó regular, y la rigidez muscular desapareció.

Entonces ocurrió algo sorprendente: «Duende» abrió sus grandes y expresivos ojos, y nos miró.

Luego balbuceó algo incomprensible, y elevó sus manos hacia mí.

—W-a-l-t-e-r —articuló con torpeza, pero con la claridad suficiente para que Stella, Rubber y yo le oyésemos perfectamente.

CAPITULO VII

Fue una noche tensa y larguísima, a lo largo de la cual permanecí en constante vela.

De madrugada, «Duende» estaba fuera de peligro, aparentemente. Había dejado de gemir, respiraba tranquilamente, consumiendo cantidades de oxígeno que hubieran emborrachado a cualquiera de nosotros, e incluso había deglutido pequeñas cantidades de alimento concentrado, que Stella le había suministrado en su cámara aséptica.

Pero la situación en la Base comenzaba a escaparse de mis manos: el grupo que encabezaban Brad Catto y Ed Smith también había permanecido en vela, toda la noche.

Todavía estaban reunidos en el bar, y yo temía que estuviesen conspirando contra mí.

Yo sabía que, en las actuales circunstancias, apenas podría contar con Clarence Howard y con Donald Rubber.

Por ello, me urgía comunicarme con el mando estratégico en Houston, y rendir un completo informe acerca de todo lo sucedido sobre la superficie del satélite.

Como jefe de telecomunicaciones electrónico. Clarence Howard se había declarado incapaz de resolver el problema.

—No se trata de una avería, propiamente dicha —me había confesado—. He inspeccionado personalmente los aparatos, y puedo afirmar que no se ha producido el menor desperfecto.

—¿Entonces...? —pregunté yo, admirado.

—Sencillamente, las comunicaciones no funcionan. Yo diría que se trata de una potente interferencia, de origen desconocido —dijo.

Entonces recordé las palabras de Irene Castro, la tarde anterior:

—La radio y la televisión, como los aparatos de radar, comenzaron a sufrir alteraciones cuando esa... astronave se posó sobre la Luna.

El panorama no era muy alentador: incomunicado con la Tierra, y con la amenaza de una rebelión a mis espaldas...

Próximo el amanecer, me retiré a mi cámara, con la intención de

descansar unas horas.

Apenas acababa de conciliar el sueño, cuando fui despertado bruscamente.

Alguien acababa de zarandearme con violencia. Y ese *alguien* era Brad Catto, el intendente y segundo en el mando de la Moon-Base-One.

Una rabia sorda se apoderó de mí.

—¿Cómo... cómo se atreven a penetrar aquí, a interrumpir mi descanso? —bramé, al comprobar que había otras cinco personas en mi cámara, entre las que se contaban Ed Smith y Anthony Beck, el jefe de mecánicos.

Catto desvió la mirada.

—Hemos decidido relevarle del mando —expresó claramente.

Me incorporé vivamente.

—¿Relevarme del mando? ¿Por qué razón, en virtud de qué autoridad? —vociferé, perdido el control.

Ed Smith avanzó un paso.

—Lo sabe de sobra, coronel. Usted nos ha comprometido gravemente a todos. Se ha comportado como un loco, al traer a esa extraña criatura a la Base, y ha puesto en peligro nuestra seguridad. Antes de que la situación se agrave, hemos llegado a la conclusión de que lo más prudente es apartarle del mando hasta que funcionen las comunicaciones con la Tierra. Entonces, nos atendremos a las órdenes que recibamos desde Houston —declaró.

—Entretanto, yo me haré cargo del mando en Moon- Base-One— afirmó el intendente Catto.

De un salto, me puse en pie, y Brad retrocedió, temeroso.

Uno por uno, escruté los rostros de los hombres que me rodeaban.

Sus ojos tenían un brillo demencia!, y sus facciones aparecían sudorosas: estaban todos borrachos.

—¿Es que están locos? —acusé—. Esto es una rebelión, de la que tendrán tiempo de arrepentirse. Díganme una cosa: ¿qué es exactamente lo que traman?

Ed Smith me miró con dureza.

—Vamos a eliminar a esa pequeña y maligna criatura, que usted tuvo la torpeza de traernos. Lo aniquilaremos, y quemaremos sus restos en el horno crematorio hasta convertirlo en cenizas —confesó.

Retrocedí, espantado.

—Pero ¡esa criatura es inofensiva! Es un ser inteligente, racional, no un animal dañino. ¡Tienen que convencerse! ¡No nos amenaza el menor peligro! —grité, descompuesto.

Anthony Beck rió escandalosamente.

—Nos ha llamado locos, coronel. Sin embargo, el loco es usted. ¿Es que no ha notado nada extraño dentro de sí? —preguntó, escrutándome fijamente.

Parpadeé, confuso.

—Soy dueño de mis actos. Mi cerebro funciona normalmente —declaré.

Pero en seguida advertí, por sus expresiones, que no creían en mis palabras.

—Es por su bien, coronel —advirtió Slike, el cámara de televisión —. Es evidente que la tensión a que estuvieron sometidos los cuatro en esa condenada astronave, les ha perturbado gravemente.

—¡Tonterías! —gruñí—. Me siento perfectamente. Tan bien como Howard, Larssen e incluso la impresionable doctora Harris.

Entonces advertí que los seis hombres intercambiaban miradas intencionadas.

—¿Es que no sabe lo que le ha ocurrido a Howard?

—pregunto Beck, mirándome con atención.

Comencé a preocuparme.

—¿Howard? Hace poco más de dos horas estuve con él. Se encontraba bien —dije.

—¿Sí? Hace poco más de treinta minutos, unos gritos atrajeron al personal de guardia hacia su celda. Gritaba de forma escalofriante, y golpeaba a cabezazos las paredes de su cámara. Tuvieron que inmovilizarle entre cinco hombres, y colocarle una camisa de fuerza.

Se había roto la nariz y la mandíbula inferior, y sangraba por la frente y por el cráneo. ¿Sigue creyendo que Howard se encuentra bien, coronel?

Tragué saliva.

—¿Cómo no me han informado inmediatamente? —reproché.

—Usted estaba descansando, y no quisimos molestarle. Pero ahora...

Se habían ido aproximando a mí, y parecían decididos a reducirme por la fuerza, si era preciso.

Por mi parte, no pensaba plegarme a sus deseos, aunque debiese reaccionar con toda violencia.

Antes, sin embargo, agoté todo mi poder de convicción:

—Lamento lo de Howard, pero deben comprender que nada tiene que ver su pasajera locura con nuestra visita a la astronave, ni con la presencia de «Duende» en la Base. Ya conocen a Howard: es un excelente profesional, pero también un hombre hipersensible. Se mostró muy impresionado en el interior de la nave, y sus nervios se han desatado. Eso es todo —expliqué, tratando de expresarme con toda la serenidad posible.

—Supongo que también John Larssen y la doctora Harris son dos sujetos hipersensibles, ¿no? —dijo Brad Catto sibilinamente.

—¿A qué se refieren?

Ed Smith se ocupó de saciar mi curiosidad:

—La doctora Harris sufrió un síncope, hace poco más do una hora. La han tenido que hospitalizar, y su corazón late débilmente. Ninguno de nosotros somos médicos, pero la hemos visto, y dudamos mucho que pueda salvarse.

Debí palidecer.

—Dios mío —murmuré—. No puedo creerlo. Tal vez bebió demasiado y...

—John Larssen no probó una sola gota de licor y, sin embargo...

—¿Qué le ha pasado a Larssen? —inquirí, tenso.

Catto me miró, acusador.

—Logró llegar a la cámara de descompresión, y salió al exterior… sin su traje espacial ni su equipo de respiración. Los vigilantes le vieron correr locamente hacia esa maldita astronave roja. Daba enormes saltos, y parecía gritar algo que, lógicamente, los guardias no pudieron oír. Con toda urgencia, tomaron un vehículo y corrieron en su persecución. Hallaron a Larssen en mitad de la llanura, sin conocimiento, a punto de morir.

—¿Cómo se encuentra? —indagué, tembloroso.

—Ya puede imaginárselo, coronel —dijo Smith, con reproche—. Aún vivé, pero usted sabe muy bien lo que puede ocurrirle al que sale fuera de la Base, sin la debida protección. Larssen tiene la sangre intoxicada. Probablemente, no vivirá veinticuatro horas.

Hundí el rostro entre las manos, desesperado.

¿Cómo era posible que tantas desgracias se produjesen en tan reducido espacio de tiempo?

Entonces, por vez primera, temí haber obrado imprudentemente.

Me había dejado guiar por mi instinto, al traer a «Duende» a la Base. La verdad era que había obrado con ligereza, dejándome llevar espontáneamente de mis sentimientos humanitarios.

En ningún momento había pensado en la posibilidad de que la presencia de aquel ser entre nosotros pudiera acarrear la desgracia.

Pero ahora…

—Debe ser sensato, coronel. Por ahora, usted parece el menos afectado de las cuatro personas que penetraron en la astronave —habló Ed Smith —. Pero ninguno de nosotros puede estar seguro de que en cualquier momento no… pierda la razón.

—Ed tiene razón —apoyó Brad Catto —. Créame, coronel: hay algo maligno en esa maldita astronave roja. No estamos en situación de averiguar qué es exactamente, pero de algo sí estamos seguros: de que la desgracia se ha cernido sobre nosotros, desde el momento en que la nave se posó sobre el área del Mar de la Serenidad. Debemos estar prevenidos: no sabemos lo que puede ocurrir, de aquí en adelante.

CAPITULO VIII

De repente, me sentí profundamente abatido.

—Está bien —dije, al cabo, tras un suspiro—. En el caso de que admita ser relevado del mando, ¿qué piensan hacer conmigo?

Volvieron a mirarme los seis,

—Por su bien, coronel, deberemos mantenerle bajo custodia —dijo Brad, con decisión.

—Muy bien, como quieran —respondí, inclinando la cabeza.

Slike avanzó, seguido del mecánico Williams.

Williams, que ocultaba sus manos a la espalda, sacó de repente la camisa de fuerza.

Mi pasiva actitud debió desconcertarles en principio. Les dejé aproximarse. Y en cuanto los dos hombres estuvieron junto a mí, golpeé con el codo en el estómago a Slike y con el canto de mi izquierda en la garganta de Williams, de cuyas manos se deslizó al suelo la camisa de fuerza.

Salté sobre el lecho, me di impulso, me elevé en el aire, y golpeé de una salvaje patada el pecho, a Burns.

Ya estaba en la puerta, cuando Catto disparó su pistola de gases sobre mí.

Di una bocanada de aire y... mis piernas se doblaron por las rodillas. Inmediatamente después, perdí el conocimiento.

* * *

Un horrible monstruo verdoso, peludo, lamía con su lengua rasposa mi pecho desnudo.

Grité, horrorizado.

Inútilmente, trataba de apartar de mí aquel cuerpo gelatinoso, pesado y repugnante.

Mis músculos se tensaban como cables, y mi cuerpo se retorcía desesperadamente, tratando de escapar al asqueroso contacto.

Luego, bruscamente, resonaron en mis oídos las voces.

—¡Por amor de Dios, despierte, coronel!

Abrí los ojos.

El monstruo verde había desaparecido. Ante mí, tenía el rostro transido y pálido de la rubia Stella Davis.

Me incorporé. Es decir, traté de hacerlo, pero me resultó imposible: la resistente camisa de fuerza me lo impedía.

—¿Se...se encuentra bien, coronel? —inquirió Stella, temblorosos los labios exangües.

Me dolía la cabeza, tenía la garganta seca como el esparto, me zumbaban las sienes como si estuviese enfrentándome a una incómoda resaca, detrás de una formidable borrachera.

—Estoy bien —respondí, sin embargo—. ¿Quiere librarme de esta maldita camisa de fuerza?

Advertí que dudaba, y me encorajiné.

—¿Va a liberarme o no? —clamé, impaciente.

Stella se retorció las manos, indecisa.

—Brad Catto dijo que usted había... perdido la razón, coronel —murmuró en tono de disculpa.

—Catto es muy amable —gruñí, rabioso. Pero traté de contenerme para infundir confianza a Stella, la miré fijamente y añadí—: Bien, ya ve que no estoy loco.

Todavía vaciló unos segundos, pero luego se inclinó sobre mí, me ayudó a incorporarme, y soltó las fuertes correas sujetas sobre mi espalda.

Mis huesos crujieron, cuando moví mis brazos. La prolongada posición con los brazos plegados a la espalda había entumecido mis músculos, y tardé unos minutos en recobrar el sentido del tacto.

—Bien, ¿qué nueva catástrofe ha ocurrido? —pregunté, sombrío, pues la expresión de Stella decía claramente que cosas horribles habían tenido lugar durante mi inconsciencia.

La mujer se echó a llorar, incapaz de seguir conteniendo su fuerte tensión nerviosa.

Con frases deshilvanadas, me contó que Ed Smith, Catto, Beck y otros tres hombres habían asaltado la enfermería.

Donald Rubber, que velaba junto a Stella, había tratado de oponerse al avance de los seis hombres, pero Brad Catto le había golpeado contundentemente en la cabeza, con el cañón de su pistola.

—Donald... cayó al suelo, con los cabellos empapados en sangre, y quedó exánime. Y a mí...

A Stella la habían apartado brutalmente, derribándola en tierra.

—Luego... penetraron en pelotón en la sala donde «Duende» permanecía en su cámara aséptica. Me sentí horrorizada, porque adiviné que se proponían matarlo, pero el propio miedo me paralizó. Vi surgir, de repente, un fulgor verdoso de aquella estancia... y una fuerte corriente de aire silbó en el pasillo.

Pasaron unos minutos.

Stella aguardaba, petrificada de espanto.

—Entonces, advertí que no se oía el menor rumor. No se oían las voces excitadas, los gritos que era lógico esperar de unos hombres que habían perdido toda cordura...

Finalmente, Stella había reunido el suficiente valor para ponerse en pie y avanzar, tambaleante, hacia la sala donde acababan de penetrar Catto y los otros.

—Esperaba... encontrar algo horrible, pero no vi nada...

—¿Qué quiere decir? —pregunté, intrigado.

—Nada. En el centro de la sala estaba la cámara aséptica. Y dentro de ella... ¡«Duende» estaba durmiendo apaciblemente!

Suspiré, aliviado.

—Así es que, finalmente, Catto y sus compinches reconsideraron su actitud —dije en voz alta.

Stella tembló.

—No es eso, coronel. Ellos no estaban allí —puntualizó.

«*Ellos no estaban allí.*»

Me atraganté.

Tomé a la mujer por un brazo. Su epidermis vibraba de pura agitación interior.

—Stella, ¿quiere decir que habían... desaparecido?

—Sí —respondió con voz estrangulada—. Allí no había nadie... excepto «Duende».

La miré con fijeza.

—Vamos, Stella, eso no es posible —exclamé, muy excitado—. Recapacite, recuerde, haga un esfuerzo... Posiblemente, debió golpearse usted cuando esos tipos la derribaron. Perdió el conocimiento, no cabe duda. Y entretanto, los rebeldes se volvieron atrás de sus propósitos, y abandonaron la enfermería. Debió suceder así.

Pero ella denegó vivamente con la cabeza.

—¡No, no! En ningún momento perdí el sentido, coronel—afirmó—. Y una prueba de ello es que, en cuanto estuve repuesta, me apresuré a poner a Rubber sobre una camilla y a curarle la herida del cráneo.

Aquello no tenía sentido, pero tenía que rendirme a la evidencia..., si me decidía a creer en las palabras de la ayudante sanitaria.

Me puse en pie.

—Dijo, antes, que vio surgir una luz verdosa de la cámara, y notó una fuerte corriente de aire —recordé —. Pero eso no es posible, en el interior de la Base... a menos que hubiera saltado alguno de los cristales, con la consiguiente pérdida de presión.

—Bueno, a mí me pareció una fortísima corriente... Era... ¡como si una potentísima fuerza invisible acabase de brotar de la sala donde permanecía «Duende»! —trató de explicarme.

Reflexioné sobre la absurda situación, sin hallar una explicación coherente.

Porque yo sabía que la sala donde se encontraba la cámara aséptica que cobijaba a «Duende» *no disponía de ventanas ni de otras aberturas practicables*, por donde hubieran podido escapar Catto y sus compañeros.

Miré mi cronómetro: eran las cuatro y veinte de la tarde.

—Dígame, Stella: ¿qué hizo usted, desde aquel momento hasta

ahora? Han transcurrido diez horas desde entonces… —dije.

—He permanecido durante todo este tiempo en la enfermería, vigilando a Howard, Larssen y la doctora Harris, además de ocuparme de que a su extraño y pequeño invitado no le faltase el oxígeno.

—¿Cómo se encuentran Aida, John, Clarence? —pregunté con ansiedad.

Stella suspiró, afligida.

—Han pasado todo este tiempo delirando, y dando gritos escalofriantes. La verdad es, coronel, que no tengo muchas esperanzas de que se salven. Donald Rubber, por fortuna, se encuentra bien, aunque le he aconsejado que se quede en la cama, pues ha sufrido una fuerte conmoción cerebral. En cuanto a mí… estoy al borde del desfallecimiento —murmuró, agotada.

Acaricié sus mejillas en una caricia impulsiva.

—Lo comprendo. Ha pasado muchas horas en vela. Pero yo me ocuparé de que alguna de las mujeres la releve —dije.

Una sombra extraña pasó por los bellos ojos azules de la joven.

—Por eso vine a verle, coronel. Quería saber dónde están los otros —pronunció con incertidumbre.

Dejé escapar una exclamación de asombro.

—¿Los otros? ¿*Qué otros*? —indagué.

El pecho de Stella Davis se hinchó.

—El bar está desierto, coronel. He recorrido, una por una, las cámaras, y todas están vacías. No he encontrado a nadie en ninguna dependencia —confesó—. En realidad, dentro de la Base sólo quedamos seis personas, si exceptuamos a «Duende»: Rubber, Howard, Larssen, Aida Harris, usted y yo…

CAPITULO IX

Una lúgubre idea comenzó a rondar mi mente.

—¿Trata de burlarse de mí, Stella? —grité, alzando la voz innecesariamente.

Ella movió la cabeza tristemente.

No, no era burla. Ella decía la verdad.

Abandoné precipitadamente mi cámara, y corrí a lo largo de los pasillos, seguido por Stella, que jadeaba en pos de mí.

Cuando terminé el largo recorrido, mi respiración sonaba estertorosa.

Entonces, Stella y yo nos miramos.

—Imaginé que usted... que alguien había enviado a los demás al exterior, con el fin de cumplir alguna misión, quizá —pronunció ella, sin ánimos.

Comencé a pasear, inquieto.

Y al fin me detuve ante Stella. Me daba pena decírselo, pero no podía mentirle.

—No hay tal misión —confesé —. Brad Catto y su grupo de rebeldes me desposeyó del mando y me dejó sin sentido, con un disparo de gas. Recobré la conciencia, cuando, hace quince minutos, usted penetró en mi cámara.

—¿Entonces...? —preguntó ella, angustiada.

—¡No lo sé...! —grité—. Si hubieran muerto todos, si encontrásemos sus cadáveres, aunque nos enfrentásemos con una terrible tragedia, ello tendría alguna explicación. Pero el hecho cierto es que han desaparecido.

Supongo que encontraremos algo que lo explique, pero por el momento...

Turbulentas ideas inconexas bullían en mi cerebro.

Estaba pensando, por ejemplo, en la misteriosa «traslación» de que habíamos sido objeto Larssen, Howard, Aida y yo, desde la astronave

roja hasta el módulo «TOMORROW».

Era evidente que alguien… alguna fuerza desconocida, nos había transportado desde la nave al módulo, sin que sufriésemos el menor daño.

¿O esto último no era cierto? Yo me sentía dueño de mis actos, pero Clarence Howard, John Larssen y Aida Harris se habían visto asaltados por desconocidos fenómenos, que les habían impulsado a cometer dramáticas y locas acciones.

¿Por qué yo, en cambio, no me sentía afectado?

De repente, tomé una decisión.

—Venga conmigo —dije tomando por un brazo a Stella—. Voy a llevarla a la enfermería, junto a Rubber.

—¿Y usted…?

—Voy a realizar una exploración por los alrededores de la Base. Ojalá encuentre algo que nos permita resolver este maldito enigma —respondí.

Pero Stella me detuvo, reteniéndome de un brazo.

—Coronel, tengo miedo —gimió—. ¡No me deje sola!

Oprimí sus hombros, tratando de reconfortarla.

—Vamos, vamos, Stella: es preciso que alguien vigile a los enfermos —expuse—. Algo me dice que ni usted ni yo ni Rubber tenemos nada que temer.

—Pero la soledad me aterra…

Estuve a punto de decirle: «*Y a mi también*».

Era cierto.

Las dependencias de la Base, vacías y silenciosas, tenían algo de siniestro.

Pero empujé hacia adelante a Stella y dije:

—No estará sola: tiene a Rubber —y traté de bromear—… y a «Duende».

Ella se estremeció entre mis brazos.

—¡Esa extraña criatura...! —exclamó, medrosa—. Dígame, coronel: ¿usted le enseñó a hablar?

—Desde luego que no. Usted sabe que «Duende» estaba agonizando, cuando le llevé a la enfermería...

—Pero usted le oyó pronunciar claramente su nombre: *Walter*. Además. .

—¿Además...?

—Antes de venir a verle, eché una ojeada a la cámara aséptica: él tenía los ojos abiertos, y me miró tan fijamente que sentí que su mirada traspasaba mi cerebro. Luego entreabrió sus duros labios, y pronunció con toda claridad: «*Comida*». ¿Lo entiende, coronel? ¡Dijo «*comida*»!

La sorpresa me impidió hacer el menor comentario.

—Le había suministrado suero v alimentos concentrados en pequeña cantidad —siguió explicándome Stella—. En el frigorífico tenía un bote de mermelada de melocotón, y decidí probar... Valiéndome de los brazos articulados de la cámara, empecé a darle un poco... Pero él exigía más y más, y sólo pareció satisfecho cuando terminó con la mermelada. Entonces guiñó sus grandes ojos a modo de sonrisa, y deletreó despacio: «*S-tel-la*».

—¡Es extraordinario! —exclamé—. Ahora ya no podemos tener duda: se trata de un ser inteligente. De un humano, aunque su cuerpo ofrezca algunas diferencias con el nuestro.

Stella se estremeció.

—De todas formas, sus ojos me causan un escalofrío, cada vez que los miro. ¡Es algo tan extraño! —susurró.

—Animo —respondí—. Escuche, Stella: no puedo explicarlo de una forma razonable, pero algo me dice que junto a «Duende» no tenemos nada que temer.

Pero era evidente que mis palabras no sirvieron para alejar la duda y la angustia de la mente de Stella.

Penetramos en la enfermería, y fuimos directamente a la habitación de Donald Rubber.

El meteorólogo estaba durmiendo, pero despertó en cuanto Stella le tocó en la frente.

—¡Coronel...! —exclamó, al reconocerme—. ¡Gracias a Dios! Temí... temí que esos locos...

—Estoy bien —afirmé, falsamente optimista—. ¿Y usted? Bien, ya veo que podrá recuperarse. Tengo que explicarle algo, Donald.

Me resultó muy difícil hacerle comprender la situación. Pero al cabo, respondió con una débil sonrisa;

—Voy a levantarme. Me ocuparé de proteger a Stella, conseguiré que descanse, y vigilaré a los enfermos...

—Y a «Duende» —añadí.

—Y a «Duende» —repitió.

—Volveré en seguida —prometí—. Y, por el amor de Dios, no abandonen la Base, por nada del mundo —les rogué.

Donald se incorporó en el lecho.

—Vaya tranquilo, coronel. Estoy descansado y me siento bien. Permaneceré alerta —prometió.

Dirigí una última mirada a Stella, y salí.

Ya en el pasillo, escuché un alarido largo y estridente, que erizó mis cabellos.

Al cabo, reemprendí la marcha.

Clarence Howard volvía a delirar.

* * *

Puse en marcha los motores del módulo Dos, aquel al que John Larssen había bautizado optimistamente «HOLIDAYS» (1[2]).

Sustentado sobre un colchón de aire a presión, el vehículo se deslizó sobre el piso del hangar subterráneo hacia el exterior.

Las grandes compuertas metálicas, que aislaban la base de la superficie lunar, se alzaron automáticamente, al ser excitado un circuito fotoeléctrico.

Fuera ya, aceleré los motores, y el módulo se elevó a unos veinte metros.

Con gran ansiedad, mis ojos registraban las rocas y los pequeños

cráteres de aquella zona.

Antes de salir, me había cerciorado de que no faltaba ninguno de los vehículos de la Base.

De forma que las treinta personas desaparecidas debían haber abandonado la Base por sus propios medios. Es decir, a pie, lo cual significaba necesariamente que no podían desplazarse demasiado lejos, teniendo en cuenta la limitada duración de los equipos de respiración autónoma.

El árido paisaje lunar aparecía desierto.

Arriba, en lo alto, el sol brillaba, cegador, en mitad del espeso terciopelo negro del firmamento.

A medida que el módulo «HOLIDAYS» se alejaba de la Base, mi ánimo iba decayendo más y más.

A velocidad moderada, iba describiendo círculos, que cada vez se alejaban más de las cúpulas transparentes de la Base.

Treinta minutos después, el desaliento se había apoderado de mí. ¿Para qué seguir explorando...? Era imposible que las personas que buscaba hubieran llegado más allá del lugar que yo sobrevolaba ahora a bordo del módulo.

Suspendido en las alturas, a cincuenta metros sobre la superficie lunar, me sentí absolutamente solo.

Pensaba, pensaba continuamente, me barrenaba literalmente los sesos, tratando de encontrar una explicación a la desaparición de treinta de mis compañeros de misión, en la Moon-Base-One.

—¿Qué podré decirles a Stella y a Rubber, cuando regrese a la Base? —me pregunté a mí mismo, obsesionado.

Tal vez, a mi regreso, Aida Harris hubiera muerto ya. Y Howard, y Larssen.

El panorama no podía ser más sombrío.

De todas formas, aún seguía resistiéndome a la idea de que la presencia de «Duende» tuviese que ver algo con aquellas desgracias que nos afligían.

Decepcionado ya tras la infructuosa búsqueda, me disponía a regresar a la Base, cuando un pensamiento surgió en mi mente.

—¡La astronave roja...!

Cambié el rumbo, y dirigí el módulo «HOLIDAYS» hacia el área del Mar de la Serenidad.

A menos de una milla de distancia de aquel lugar, mis ojos se desorbitaron.

—¡No está!—grité—. ¡Ha desaparecido!

No podía dar crédito a mis sentidos. Sin embargo, el módulo sobrevoló el lugar donde, poco más de veinticuatro horas antes, se había posado la colosal astronave roja.

Al fin, tuve que rendirme a la evidencia: ni rastro de la nave.

Descendí. El módulo se posó en tierra, a pocos metros del lugar de alunizaje.

Mis ojos vieron las profundas huellas sobre el polvo lunar.

Pero eso era todo: sólo las huellas del alunizaje.

Una loca idea cruzó mi cerebro.

—Está claro; se los llevaron a bordo de la astronave.

Pero, ¿adónde?

Y, ¿qué razón podía justificar aquel «secuestro» masivo?

—Es una locura —pensé en voz alta —. Todo esto es una locura. O una pesadilla. De un momento a otro, voy a despertar, y las cosas volverán a la normalidad.

Pero yo estaba despierto y bien despierto, no cabía duda.

De repente, me sentí pequeño, minúsculo, impotente para comprender los insólitos fenómenos a los que estaba asistiendo como principal testigo.

Mis pensamientos no podían ser más sombríos, cuando maniobré en los mandos e hice volver el módulo a la Base.

CAPITULO X

Con lentitud espantosa, transcurrieron seis días.

Yo vagaba constantemente a lo largo de los desiertos pasillos, y recorría sin pausa las dependencias de la Base, desde la primera planta a la última.

Poco a poco, mi entereza se había ido viniendo abajo.

Mil veces había intentado comunicar con la Tierra, escuchar la confortante voz de los hombres de Houston, captar imágenes de nuestro planeta, en la pantalla de televisión...

Pero los aparatos permanecían mudos, y en la pantalla de televisión no surgía el menor destello.

A veces, descendía a las profundidades, donde estaba instalado el reactor que surtía de energía a la Base. Allí, al menos, tenía el ruido monocorde y tranquilizador de las máquinas, que seguían funcionando ininterrumpidamente, ajenas a mi angustiosa situación.

Por lo demás, había caído en la manía de hablar conmigo en voz alta, cuando me desplazaba de una a otra dependencia.

Esto me había parecido peligroso en principio, pero luego dejé de preocuparme: al fin y al cabo, el sonido de mi voz sonaba familiar, y servía para sentirme menos solo.

Rubber y Stella conocían sobradamente la situación. También ellos se habían convertido en fantasmas silenciosos, que se deslizaban sin hacer ruido, y rumiaban a solas sus pensamientos, con expresión sombría.

A veces, me sobresaltaba un alarido que se repetía mil veces, a lo largo de los pasillos.

Howard, Larssen y la doctora Harris seguían padeciendo terribles pesadillas, que se traducían en horribles chillidos que ponían los pelos de punta.

—¡Aida...!

Yo mismo había permanecido muchas horas velando su sueño, durante aquellos larguísimos días de desolación.

Stella se había visto obligada a sujetarla con correas al lecho, pues, en sus locas pesadillas, Aida se golpeaba y se arañaba a sí misma.

Viéndola así, comprendí de repente que yo amaba a aquella mujer. La amaba desesperadamente, con todas mis fuerzas.

En principio, sólo me había atraído su cuerpo. Por eso, Aida se había sentido lastimada cuando yo, torpemente, había intentado poseerla, sin más razón que mi animal instinto.

Pero ahora…

—Nada —me decía a mí mismo—. Ahora que sé que la amo, la perderé en cualquier momento.

Donald Rubber, poco comunicativo, se sentía ya recuperado, al menos físicamente.

El subía a menudo a la cabina de observación meteorológica, instalada en la cúspide de una de las cúpulas transparentes de la Base.

A menudo, yo intentaba entablar una conversación con él, pero al fin tenía que desistir, pues nuestro diálogo se limitaba a formularnos mutuamente una serie de preguntas que, de antemano, sabíamos carecían de respuesta.

—¿Por qué…?

—¿Cómo pudo ocurrir?

—¿Quién…?

—¿Cuándo va a terminar esta situación…?

En cuanto a «Duende», parecía encontrarse muy a gusto en el interior de su cabina aséptica.

Consumía considerables cantidades de nuestra comida, dormía, jugaba, defecaba y respiraba enormes cantidades de oxígeno enriquecido.

Hacía algo más: hablaba. Era capaz de decir con claridad: «*Stella, comida*» y gemía cuando se sentía sucio o mojado, como cualquier bebé del mundo.

A veces, le oíamos parlotear algunas palabras ininteligibles. O tal vez se expresaba en algún idioma absolutamente desconocido para nosotros.

Nos reconocía fácilmente cuando Donald, Stella o yo nos acercábamos a su cámara-cuna, y sabía pronunciar nuestros nombres.

Stella había averiguado su sexo: «Duende» era varón. Sus órganos genitales, según la enfermera, eran idénticos a los humanos.

Todo ello era maravilloso, pero nuestro estado de ánimo de aquellos días no era el más propicio como para regocijarnos con aquellos portentosos descubrimientos.

Stella, perdida ya toda prevención, había sacado una vez a «Duende» de su cámara.

Pero hubo de devolverlo rápidamente a su cuna, pues la criatura se ahogaba, fuera de la protección de la cámara de oxígeno enriquecido.

Por todo lo cual, podía deducirse que los seres de su especie precisaban para sobrevivir unas proporciones de oxígeno muy superiores a las que necesitaba cualquier ser humano.

Habíamos establecido, de forma tácita, un turno de relevos: Stella, Donald y yo permanecíamos vigilando en la enfermería, durante ocho horas diarias.

Aquel día me tocó el turno de noche.

En su habitación, Aida se retorcía violentamente. Corrí hacia allí, y advertí sus facciones crispadas y el sudor que empapaba todo su cuerpo.

Gemía entre dientes.

—¡Walter, Walter, no, no nos lleves allí, te lo suplico! ¡Walter, nooo, por piedad…!

Me estremecí, escuchándola.

Pero me incliné sobre ella, y acaricié sus mejillas, temiendo que su intensa agitación pudiera provocarle un nuevo síncope.

—¡Calma, calma, Aida! No tienes nada que temer. Estoy aquí contigo. ¡Soy yo, Walter! —susurré a su oído.

Quedé sorprendido al comprobar que se iba calmando poco a poco, que sus espasmos musculares cesaban.

Luego, abrió los ojos y me miró con expresión de desvarío.

—Vamos, pequeña: tienes que descansar, relajarte Aleja de ti las

pesadillas. Yo estaré aquí, cuidándote —dije, posando mis labios sobre su ardorosa frente.

Entonces ella comenzó a llorar. Gemía mansamente, sin hipidos ni gritos. Lágrimas copiosas brotaban de sus ojos oscuros, y se deslizaban por sus mejillas hasta el cuello.

Parpadeó y volvió a mirarme. Ahora su expresión era lúcida.

Y dijo:

—Walter, he vuelto. ¡No me abandones…!

«*He vuelto*», acababan de murmurar sus labios temblorosos.

¿De dónde había vuelto?

Para mí estaba claro: había tornado a la vida, se había alejado del mundo de las sombras, del terrorífico vacío denso de la locura.

Durante más de una hora, permanecí junto a ella. La besaba y la acariciaba con ternura, y ella lloraba como una niña.

Al cabo, dijo:

—Tengo, hambre.

Era uña buena señal, puesto que Aida no había tomado alimentos sólidos desde hacía ocho días: Stella había tenido que alimentarla por sonda.

Se tomó un gran vaso de leche y un bote de fruta en almíbar, tras lo cual apoyó la cabeza en el lecho, y suspiró profundamente.

—Walter, líbrame de estas correas —suplicó —. Ya no las necesito.

Vacilé, pero finalmente accedí a sus deseos.

Froté sus muñecas, marcadas por la presión de las ajorcas de duro cuero, y acaricié su frente.

—Duerme ahora. Necesitas descansar —le pedí.

—Sí… Estoy muy fatigada. Dormiré. Pero ¡no te separes de mí! —suplicó.

Se lo prometí.

Al cabo, cerró los ojos y se sumergió en un sueño profundo y reparador.

Tuve que hacer un supremo esfuerzo para mantenerme despierto. Hacia el amanecer, sentía un gran escozor en los ojos, y mi cuerpo estaba envarado y duro.

En cuanto me erguí, Aida se despertó y me retuvo por una mano.

—Walter, te quiero —murmuró con dulce voz —. Siento haber sido tan injusta contigo…

Sonreí.

—También yo fui injusto, Aida. Pero ahora sé que estoy enamorado de ti, y todo será distinto —dije.

Ella se incorporó vivamente sobre el lecho.

—Me siento otra mujer, Walter. Como si una nueva savia circulara por mis venas. Quiero levantarme, ocuparme de mis funciones…

Estaba curada. Su expresión era lúcida e inteligente, los latidos de su corazón eran rítmicos y normales, y sus ojos volvían a tener el fulgor de siempre.

—Espera. Despertaré a Stella, y ella te ayudará —dije.

Y abandoné su habitación.

Me sentía alegre, a pesar de todo. Aida se había salvado.

Sólo una cosa me preocupaba intensamente… ¿cómo reaccionaría Aida, cuando supiera que treinta de sus compañeros habían desaparecido de la Base, sin dejar rastro…?

* * *

Al atardecer, Donald Rubber vino a verme.

Sus facciones estaban descoloridas, y parecía muy agitado.

—¿De qué se trata? —pregunté, desganado.

—Es algo extraño y… peligroso. Los aparatos de mi observatorio astronómico parecen haberse vuelto locos. He podido detectar una enorme actividad magnética, a unos cien mil metros sobre la superficie de la Luna…

—Y eso significa…

—No lo se —gruñó, disgustado—. En otras circunstancias, hubiera

pensado en una de esas tormentas solares. Pero el sol está en calma. Por otra parte, parece haberse alterado la gravedad lunar…

Dejé escapar una carcajada nerviosa.

—¿Una catástrofe a escala cósmica? —exclamé.

Pero Rubber me dirigió una mirada severa.

—No te burles. Yo diría que se trata de algo sumamente serio.

Y sin añadir una sola palabra, volvió a su observatorio.

Pero lo cierto es que yo también notaba un extraño desasosiego interior.

No dije nada a Aida ni a Stella, con el fin de no alterar su relativa tranquilidad. Pero comencé a sentirme sumamente inquieto cuando, hacia las nueve de la noche, ocurrió aquel insólito fenómeno.

Yo me encontraba acodado sobre la barra del desierto bar, y acababa de servirme un trago de whisky, *cuando los vasos y las botellas que había en las estanterías comenzaron a vibrar fuertemente.*

Luego, ante mis ojos atónitos, todos aquellos objetos se elevaron en el aire como atraídos por fuerza magnética, y chocaron ruidosamente contra el techo hasta hacerse añicos.

Me froté los ojos, incrédulo. Y el vaso de whisky que acababa de posar sobre la barra se elevó y desapareció.

Yo mismo me sentí increíblemente ligero en aquel instante. Tenía la sensación de que, de un momento a otro, mis pies perderían contacto con el suelo, y flotaría en el vacío, sin control.

El inquietante fenómeno apenas tuvo una duración de diez segundos. Cuando terminó, el piso del club estaba cubierto de cristales rotos, y de un conjunto de heterogéneos objetos irrompibles.

Como pude, abandoné el bar y corrí hacia la enfermería, temiendo por las dos mujeres y los enfermos que allí se encontraban.

Un huracán devastador parecía haber pasado sobre la Base, arrasando cuanto encontrase a su paso. Objetos de toda índole regaban el suelo, e incluso utensilios y aparatos de cierto volumen habían sido desplazados de su sitio.

En la enfermería había ocurrido otro tanto. Aida y Stella, pálidas como la muerte, corrían a mi encuentro, despavoridas.

—¡Dios mío!—gimió Stella—. ¿Qué es lo que ha ocurrido, coronel?

Traté de tranquilizarlas:

—Nada extraordinario. Rubber me advirtió acerca de una previsible tormenta magnética. Son fenómenos cósmicos, que tienen lugar de forma periódica —expliqué con un tono poco convincente.

Por sus expresiones, adiviné que no creían en mis palabras. Pero conseguí que mantuvieran el control de sus nervios, y las ayudé a poner en orden todo lo que había rodado por el suelo.

Las primeras horas de la noche fueron para mí de una tremenda inquietud. La presión magnética que pesaba sobre la superficie lunar, parecía ejercer un intenso efecto sobre Clarence Howard y John Larssen, que se debatían salvajemente en sus lechos, profiriendo alaridos alucinantes.

Finalmente, conseguí conciliar el sueño, pues aquella noche era Stella la encargada de velar a los enfermos.

Tenía la sensación de que apenas acababa de pegar los párpados, cuando fui bruscamente despertado.

El que me zarandeaba era Rubber. Sus ojos brillantes estaban hundidos en las cuencas, todo en él revelaba un tremendo nerviosismo.

—¡Despierte, despierte, Walter! ¡Es preciso que venga conmigo inmediatamente...!

Mi cuerpo, fatigado, pedía descanso. Pero no tuve más remedio que incorporarme y vestirme con urgencia.

—¿Qué pasa? —pregunté, irritado.

—¡Los he visto, los he visto! —chilló Rubber, fuera de sí.

—¿Los ha visto? ¿A qué diablos se refiere? —grité.

—¡Ellos! Deben ser miles y miles... Había más de treinta naves. Fueron... fueron esas naves las que provocaron la pérdida de gravedad, ¿entiende?

Yo no entendía una palabra, pero Rubber tiraba de mí, y hube de seguirle a toda prisa.

Tomamos el ascensor que llevaba hasta la cúspide de una de las cúpulas, y penetramos en el observatorio meteorológico.

Rubber se dejó caer sobre el sillín del telescopio electrónico, y miró a través de las lentes con ansiedad.

Luego separó las manos, en un gesto de desaliento, y me miró.

—Ya han pasado —dijo.

Tuve que hacer acopio de paciencia para conseguir que me diera una explicación inteligible.

Al parecer, Donald no podía dormir, y decidió pasar la noche en el observatorio.

—Estaba observando el firmamento hacia el cénit, cuando todo comenzó a vibrar a mi alrededor. ¡Exactamente igual que ocurrió hace unas horas!

—¿Y qué...?

—Entonces vi aparecer a las astronaves. Mi nerviosismo era tal que no pude contarlas, pero calculo que no habría menos de treinta. Eran exactamente como la gran astronave roja que se posó en el Mar de la Tranquilidad. Volaban majestuosamente hacia el suroeste, directamente por encima de esta Base —explicó Rubber, con ademanes agitados.

Le miré dubitativo.

¿Se había vuelto loco, por fin?

No era de extrañar. Yo mismo sentía mis nervios como cuerdas de guitarra. La tensión, el miedo, la incertidumbre... Todo ello unido era capaz de desencadenar la locura, era evidente.

Rubber abandonó su asiento de un salto, y me señaló con su mano extendida.

—¡No me diga nada! —chilló, descompuesto—. Está pensando que he perdido la razón.

No tuve valor suficiente para responder con sinceridad. Porque sí: todo parecía indicar que el meteorólogo se había vuelto loco.

—Cálmese, por favor —rogué —. Todo se arreglará.

—¿Me toma por estúpido? —gritó—. Sé muy bien que nada se va a arreglar. Por el contrario, vamos a morir todos... Porque cuando ellos desciendan, *nos destruirán. Sé que han venido para eliminarnos*.

Intenté acercarme a él, reducirlo quizá, calmarlo. Pero Rubber dio un salto atrás, despavorido.

—¡Ahora lo comprendo todo! Fui un loco al apoyarle en contra de Catto, de Ed Smith y de todos los demás, coronel —vociferó, cada vez más violento —. Fue una terrible locura traer a la Base a esa criatura infernal: ahora sé que todos vamos a morir.

Me encogí de hombros, desalentado.

—Está bien, si hemos de esperar la muerte, aguardemos con tranquilidad —dije, haciendo alarde de serenidad—. Lo mejor sería que tomásemos una copa. Debe quedar alguna botella de whisky en el bar.

CAPITULO XI

Me miró con los ojos desorbitados.

—¡Es increíble, coronel! ¿Se cruza de brazos pasivamente, cuando sabe que le quedan pocas horas de vida? —inquirió.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Rubber se aproximó dos pasos.

—¡Luchar! —gritó—. ¡Luchar hasta el último segundo! Tenemos proyectiles nucleares, disponemos de un arsenal de bombas de neutrones... Usted aseguró que ellos son criaturas vulnerables como nosotros, ¿no es cierto? En tal caso, nuestro deber es destruirlos, aniquilarlos, antes de que ellos hagan otro tanto con nosotros. Walter, usted debe estar conmigo en esto —se había acercado, y me agarraba por los hombros—. ¡Tenemos que aniquilarlos!

Las crispadas facciones de Rubber, el brillo fulgurante de sus ojos, la tremenda potencia de sus esqueléticos brazos, me impresionaron.

Finalmente, tras un violento forcejeo, conseguí librarme de él, de un salvaje empujón.

—¡Aniquilarlos!—exclamé—. Veo que no comprende exactamente la situación, Rubber. Nuestros misiles nucleares apenas tendrían el valor de una traca de artificio, comparados con la potencia destructiva de esos seres. Si no me equivoco, ellos no necesitan utilizar armas ofensivas...

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente: pueden neutralizarnos, utilizando un arma mil veces más sofisticada que nuestros proyectiles nucleares.

—¿Cuál es esa arma? —inquirió Rubber, ávido.

—La locura —confesé.

El meteorólogo me miró largamente. Luego dio la vuelta, y se dejó caer pesadamente sobre un asiento. Parecía hundido, desesperado, incapaz de la menor reacción positiva.

Convencido ya de que la intensa depresión le impediría llevar a cabo cualquier plan descabellado, descendí del laboratorio, y volví a

mi cámara, tras comprobar que Stella seguía montando guardia en la enfermería.

Sin embargo, me resultó imposible volver a conciliar el sueño.

Durante una hora, permanecí tumbado en el lecho, concentrado en mis tormentosos pensamientos.

¿Y si Rubber hubiera dicho la verdad, respecto a la proximidad de aquellas enormes astronaves…?

Se habían producido dos violentísimas alteraciones magnéticas, sobre la Base lunar.

Para tranquilizar a Stella y Aida, yo mismo había asegurado que se trataba de perturbaciones cósmicas periódicas, pero ello no era cierto: jamás, durante los largos meses de servicio en la Moon-Base-One, habían sido detectados fenómenos de tan altísima potencia.

Con los ojos cerrados, comencé a desvariar.

De repente, me vi avanzando lentamente a través del polvo blanquecino del Mar de la Serenidad.

Entonces, en los trescientos sesenta grados del confín del horizonte, aparecieron millares de colosales naves rojizas, que despedían rayos luminosos, tan potentes como el sol.

El enjambre de astronaves se posó majestuoso sobre el polvo lunar, hasta formar un anchuroso círculo, en cuyo centro me encontraba yo, despavorido e inerme.

Luego, en la distancia, el suelo comenzó a ondularse.

¿O no era tal? No, se trataba solamente de un fenómeno óptico, producido por el movimiento de avance de… ¡miles y miles de criaturas, que se aproximaban lentamente hacia mí!

Con un esfuerzo de voluntad, abrí los ojos y me incorporé de un salto sobre el lecho. La alucinación desapareció inmediatamente.

Pero aquella pesadilla sólo sirvió para aumentar mis preocupaciones. Porque… ¿no parecía un indicio de que también yo comenzaba a desvariar, a perder el control de mi mente?

Hinché mis pulmones de oxígeno, y abandoné la cámara.

Stella me recibió, con una pálida sonrisa, en su puesto de vigilancia de la enfermería.

Estaba muy desmejorada. Su rostro carecía de color, sus ojos habían perdido el brillo característico, y aparecían hundidos en las cuencas, rodeados de profundas ojeras.

Debía haber perdido ocho o diez kilos de peso, durante los últimos días, pues su uniforme, antes ceñido, le venia holgado ahora.

Me compadecí de ella y dije:

—Vete a descansar. Yo haré la guardia.

Se resistió durante unos segundos, pero finalmente se dejó relevar: era evidente que estaba agotada por completo.

Transcurrieron lentamente los minutos.

En la Base Lunar, el silencio era ahora absoluto, opresivo, angustioso.

Para evitar aquella intensa sensación de soledad y depresión, me levanté y me puse en marcha.

Mis pasos me llevaron inconscientemente hasta la estancia donde permanecía «Duende».

Estaba despierto.

Sus grandes y casi redondos ojos captaron mi imagen, y me reconocieron inmediatamente.

—Walter —murmuró, gozoso.

¡Y sonreía!

Me retiré un paso.

Un escalofrió estremeció mi cuerpo, cuando aquella idea comenzó a rondar mi mente.

—*¡Mátale!* —susurraba una voz en mi interior—. *¡Aniquílale! Es un intruso… Si lo matas, terminarán las desgracias que han caído sobre nosotros.*

Algo se retorció en mis entrañas.

Mi ser consciente se resistía, con todas sus fuerzas, al odioso asesinato.

Pero la incertidumbre seguía acosándome.

Recordaba a Brad Catto, a Ed Smith... Ellos me habían prevenido: la desolación se había cernido sobre nosotros, precisamente cuando «Duende» llegó en mis brazos a la Base.

—¿Por qué no? Jamás nos habíamos visto en una situación tan angustiosa como ésta... antes de que «él» llegase aquí.

Sería fácil, terriblemente fácil.

Bastaría con cortar el paso del oxígeno enriquecido que daba la vida a aquella pequeña criatura extraterrestre.

La sonrisa se había borrado del expresivo rostro de «Duende». Había cesado su infantil jugueteo, sus brazos y sus piernas estaban inmóviles, extendidos, rígidos...

¿Había adivinado, a través de mi expresión, las turbulentas ideas que agitaban mi cerebro...?

De repente, escuché sus gemidos plañideros, insistentes, impresionantes, que yo había podido escuchar con anterioridad a bordo de la gran astronave roja.

Algo cambió entonces en lo más profundo de mi ser.

Inclinado sobre su cámara aséptica, miré a «Duende» fijamente y exclamé:

—Cálmate, pequeño. Vamos, deja de llorar. No temas, «Duende», nada malo te ocurrirá.

El llanto cesó en seguida. «Duende» agitó pies y manos, gozoso, y la sonrisa distendió sus delgados labios.

En aquel momento, resonó un alarido sobrecogedor.

Aterrado, abandoné la estancia, y corrí corno un loco a lo largo del pasillo.

Me detuve al fin, indeciso.

Y en aquel instante, volvió a dejarse oír el agudísimo alarido.

Bruscamente, empujé la puerta de la estancia donde debía encontrarse el infeliz Clarence Howard.

La estancia estaba desierta y el lecho vacío. Las correas que habían servido para sujetar a Clarence, colgaban a uno y otro costado del lecho, limpiamente cortadas a cuchillo.

Mi instinto me llevó seguidamente a la cámara de John Larssen: el piloto había desaparecido. También sus correas habían sido cortadas a tajos de cuchillo.

Ni Clarence ni el piloto podían haberse liberado por sí mismos, puesto que habíamos dejado fuera de su alcance todo instrumento cortante.

¿Quién había cortado sus correas, entonces?

Mis labios pronunciaron una palabra entre dientes:

—Rubber.

Antes de abandonar la enfermería, inspeccioné las restantes habitaciones, y comprobé que Aída y Stella dormían profundamente en sus lechos.

Me sentía tan inquieto, que estuve a punto de despertarlas y obligarlas a acompañarme, pensando principalmente en su seguridad.

Pero las vi dormir tan apaciblemente, que opté por no interrumpir su sueño reparador.

A grandes zancadas, recorrí los largos pasillos que me separaban del observatorio del meteorólogo.

Tomé el ascensor, y llegué a lo alto de la cúpula.

No había nadie.

Ni Rubber, ni Clarence, ni Larssen.

Un sombrío presentimiento me embargó.

—¡Esos locos! —murmuré—. ¿Habrán decidido bajar a la planta de misiles...?

CAPITULO XII

Al principio, fue una vibración casi imperceptible.

Era como un leve hormigueo, bajo las plantas de los pies. Algún cristal no muy firme comenzó a tintinear, y los instrumentos que el meteorólogo tenía sobre una mesa próxima vibraron, cayeron y rodaron por el suelo.

Luego, muy despacio, la vibración fue en aumento hasta convertirse en un potente temblor, anuncio de cataclismo.

Eran las tres y media de la madrugada.

La noche era singularmente oscura y, a través de la gran cúpula transparente, el firmamento no era sino una dilatada mancha oscura, en la que brillaban, distantes, los puntitos parpadeantes de las estrellas.

Bruscamente, un potentísimo rayo de luz rasgó la noche.

Desde una altura que yo no podía calcular, una desconocida fuente de energía bañaba el perímetro de la Base lunar, en una luz blanquecina, brillante y cegadora.

En aquel momento, la perturbación magnética aumentó, con potencia apocalíptica.

El telescopio giró sobre su eje y su extremo me golpeó dolorosamente en el pecho.

No caí al suelo, sin embargo.

Por el contrario: me vi flotando vertiginosamente en el vacío, muy cerca de la bóveda del observatorio.

La violencia magnética se había desatado abajo, sobre el piso del observatorio: un fichero rodaba sobre el piso, y sus cajones se abrieron, arrojando al exterior un vertiginoso chorro de fichas de cartulina, que flotaron en el aire, y giraron luego como en el vértice de un tifón.

Objetos de hasta cinco kilos de peso se elevaban en el aire, golpeaban estrepitosamente entre sí para acabar chocando contra la cúpula, en loco tumulto.

Inconscientemente, alargué los brazos y mis dedos hicieron presa en un resalte del cuerpo cilíndrico del telescopio.

Noté que mi nariz y mi boca sangraban copiosamente. Sentí un vahído, y mis dedos se aflojaron.

Pero volví a agarrarme con desesperación a la arista metálica, y conseguí afianzarme, temeroso de que, si volvía a flotar inerme en el vacío, terminaría estrellándome, con riesgo mortal, contra la bóveda de fuerte plástico transparente.

En tan difícil postura, y procurando resguardarme tras el cuerpo del telescopio, de los golpes de los objetos que giraban velozmente en loco torbellino, aguardé.

Mis ojos trataron de escrutar la bóveda del firmamento, pero la potencia luminosa era tan elevada, que hube de cerrar los párpados para no terminar completamente cegado.

De improviso, la perturbación magnética cesó con brusquedad.

Los objetos que giraban en el vacío cayeron con todo su peso, y rebotaron ruidosamente sobre el piso.

Sin poderlo evitar, también mi cuerpo recobró la gravedad habitual que reinaba en el interior de la Base.

Me deslicé sobre el cilindro del telescopio, caí y rodé sobre el suelo, con violencia.

Con todos los miembros doloridos, quedé allí, de bruces sobre el piso del observatorio, y jadeando con tuerza.

La luminosidad crecía sin cesar en las alturas, hasta casi igualar la potencia luminosa y reverberante del sol.

Palpé el piso para evitar herirme con los cristales que lo cubrían. Mis dedos tropezaron con un objeto de diseño familiar… ¡unas gafas!

Eran las gatas de sol de Donald Rubber, que me apresuré a colocarme.

Allí, mudo de asombro y de miedo, asistí a un espectáculo inigualable.

Desde la densa oscuridad del firmamento, surgían esplendentes focos luminosos, que barrían intermitentemente la superficie lunar hasta cinco o seis millas alrededor de la Moon-Base-One.

Eran colosales haces luminosos, de diverso color y gradación. Chorros de luz celeste, rosada, verde, roja y blanca convertían el área en un ascua de claridad multicolor.

Estaban arriba, a unos mil quinientos metros de altura, suspendidos en el espacio.

Salvando las diferencias, se diría que yo estaba en el centro de un inmenso plato, en cuyas alturas brillasen docenas de gigantescos focos, que formaban una ciclópea batería de luces.

Entonces se produjo una leve vibración. Se diría que se trataba de microondas porque, a pesar de que su efecto exterior apenas era perceptible, mis oídos comenzaron a zumbar dolorosamente.

Un gran foco rosado comenzó a descender a velocidad moderada.

De repente, aquel foco se apagó, y en el espacio se cernió la silueta majestuosa de una enorme nave rojiza.

Advertí que no producía el más leve rumor.

Despacio, sin elevar una sola mota del polvo que cubría la superficie lunar, se posó en el suelo, sin violencia.

—¿Qué... qué va a ocurrir ahora?—me pregunté, con un ligero temblor a ras de mi piel.

Mis ojos, desorbitados por el interés, contemplaban fijamente la silueta de la astronave.

Esperaba que, de un momento a otro, su sólida estructura se desgajase en algún lugar, y de la abertura brotasen algunos de aquellos seres, semejantes a nuestro pequeño «Duende».

Lo que ocurrió fue algo muy diferente. De repente, mi atención se vio desplazada de objetivo: a quinientos metros, justo encima de los silos atómicos de la Base, acababa de dividirse en dos la superficie lunar.

Una contenida exclamación brotó entre mis labios, al comprobar que, a través de aquella abertura, brotaba una batería, formada por diez potentes misiles atómicos.

—¡Rubber!—grité—. ¡Ese estúpido fanático...!

Ahora ya no podía tener dudas: Rubber, perdido el control de sus nervios, se proponía combatir a los invasores, a la desesperada. Y,

probablemente, secundado por aquellos dos irresponsables, Clarence y John Larssen.

Es decir, si algún milagro no lo impedía, dentro de unos minutos, de unos segundos quizá, iba a estallar una guerra total.

Yo conocía muy bien la potencia de nuestro armamento nuclear. Si uno sólo de aquellos misiles estallaba a menos de una milla de la Base, nuestras instalaciones serían barridas de la superficie lunar, como un castillo de naipes víctima de un huracán.

Incapaz de la menor reacción, vi emerger la batería dos. Y en seguida la tres, la cuatro, la cinco...

—¡Es una locura!—gemí—. Una tremenda y estúpida locura... Rubber no es capaz de comprenderlo: la destrucción de esas astronaves supone igualmente nuestro fin.

Dirigí mi vista hacia la astronave posada a menos de trescientos metros de distancia.

Deseé fervientemente que se produjese un milagro.

—Ellos—pensaba en los extraterrestres—, poseen medios suficientes para impedir esta locura. Fueron capaces de interferir y anular nuestros sistemas de comunicación. ¿Por qué no ahora...?

Pero la astronave permanecía inmóvil, en medio de aquella luz cegadora y multicolor, que convertía la noche en claro día.

Bruscamente, me incorporé y salí corriendo hacia el ascensor.

Gritaba y maldecía locamente cuando alcanzada la planta baja, golpeé con todas mis fuerzas hacia los sótanos.

—¡Deteneos, deteneos...!

El eco devolvía y multiplicaba mis gritos, en los desiertos pasillos. Pero todo era inútil.

Al final del pasillo, golpeé a puñetazos la sólida puerta de acero que cerraba el paso a los silos atómicos.

—¡Abrid!—grité como un energúmeno—. ¡No podéis hacerlo, no tenéis derecho, no podéis disponer de las vidas de los demás...!

La puerta permanecía herméticamente cerrada. Posiblemente, Rubber y los otros no podían oírme. Y si me oían, hacían caso omiso de mis alaridos, era evidente.

Retrocedí sobre mis pasos, como un sonámbulo.

En mi interior, estaba ya firmemente seguro de que aquéllos serían los últimos minutos de mi vida.

De un segundo a otro, en el exterior brotaría una gigantesca llamarada azul y luego...

Lo que ocurrió fue todo lo contrario: la potente luminosidad que brotaba desde el exterior, a través de los blindados ventanales, desapareció.

Tampoco debía haber luz en las dependencias de la Base, porque tropecé con el muro en mi carrera, grité de dolor y caí al suelo.

Como pude, me incorporé y palpé el muro hasta alcanzar el marco de un ventanal.

Miré ansiosamente a través de los cristales. Y no vi nada. Me quité las gafas oscuras de Rubber, y el efecto fue el mismo.

—¡Dios mío! —brotó la exclamación entre mis labios—. Tal vez me haya quedado ciego.

Froté mis ojos con desesperación, pero las tinieblas seguían envolviéndome.

Sin embargo, seguí avanzando, palpando los muros en aquella sólida oscuridad.

«Si a algo se parece la Muerte, debe ser a la total oscuridad», pensé, angustiado.

Ahora sólo me guiaba ya un obsesionante deseo.

—Puesto que voy a morir, puesto que vamos a desaparecer, quiero que mis últimos momentos transcurran junto a Aida —me dije.

Obsesionado con la idea, me separé del muro y corrí locamente, sin ninguna orientación.

Tropecé y caí, volví a levantarme y volví a caerme.

Y así, de repente, escuché aquella voz:

—¡Por amor de Dios, Walter! ¿Eres tú?

Era Aida.

Su voz temblorosa expresaba toda la angustia del mundo.

Por eso me apresuré a gritar:

—¡Aida, amor mío! ¡Acércate, guíame! No puedo ver.

Oí el arrastrar de unos pasos sobre el pavimento.

—¡Espera! —respondió Aida—. Tampoco yo puedo ver. Walter. No hay luz. ¡Desapareció!

¡No había luz! Por lo menos, yo no me había quedado ciego.

Más lejos, resonó una trémula voz.

—¡No me dejes, por favor, Aida! ¡Tengo tanto miedo!

Reconocí la voz de Stella. Sin duda, las dos mujeres se habían despertado, y se habían sentido aterradas, en medio de la densa oscuridad reinante en el interior de la Base.

Avancé ciegamente, y palpé el cuerpo de Aida, que se estrechó contra el mío, con la ansiedad de la desesperación.

Nos besamos locamente, como si fuera lo último que íbamos a hacer en este mundo.

Y para mí, esto era la única verdad.

Detrás de nosotros, a unos metros de distancia, volvió a sonar la quejumbrosa voz de Stella:

—¡Aida, por compasión, no me abandones! ¡Estoy... estoy muerta de miedo! —gimió.

—Calma, Stella. Soy yo, Walter Brown. No te muevas de ahí. Vamos hacia ti —dije.

Nos reunimos los tres, trémulos, desvalidos como animalillos indefensos, en medio de las pavorosas tinieblas.

Stella se abrazó a nosotros prietamente, como si en nuestra proximidad estuviera la seguridad.

Cuando lo cierto es que no existía la menor seguridad para ninguno de nosotros.

Noté que Aida Harris temblaba de pies a cabeza, apretada contra mi pecho.

—Walter —susurró—, adivino que algo horrible está ocurriendo. Pero... ¿de qué se trata?

Tragué saliva.

Vacilé.

¿Era lícito responder, brutalmente, que apenas nos quedaban unos segundos de vida?

CAPITULO XIII

—Nos... nos despenó esa luz cegadora —susurró Stella, temblorosa.

—¡Di, Walter!—exigió Aida, cada vez más asustada—. ¿Son... «ellos»?

—Sí —asentí—. He visto aparecer más de treinta astronaves. Una de ellas ha descendido y se encuentra a poca distancia de aquí. Las demás permanecen inmóviles en las alturas, a unos mil metros.

—¿Por qué han... venido?—insistió Aida, con un hilo de voz.

Su pregunta vino a ser como el conmutador eléctrico, capaz de alejar las tinieblas con brillantes chorros de luz.

Seguíamos en mitad de las tinieblas, era cierto, pero en mi cerebro se acababa de hacer la luz.

Ahora, de repente, yo sabía por qué «ellos» habían vuelto, conocía la razón de aquella aparente invasión de que estábamos siendo víctimas.

—Han venido por él —dije.

—¿El?

—«Duende» —respondí.

Bruscamente, las empujé pasillo adelante.

—¿Adonde vamos? —gimió Aida.

—Vayamos a la enfermería. Ahora sé que nada tendremos que temer, si permanecemos junto a «Duende» —dije.

Tropezando a menudo, alcanzamos el pasillo que conducía a la enfermería.

—Es preciso que encontremos un modo de alumbrarnos, una linterna, lo que sea —exclamé.

—Sé dónde hay una linterna. Iré por ella si... me acompañan. Si fuera sola, me moriría de espanto —respondió Stella.

—Está bien, guíanos —rogué —. Te seguiremos.

Lentamente, avanzamos entre las tinieblas hasta llegar al almacén de medicamentos. Una vez allí, Stella tanteó en un armario metálico, encendió una linterna, y la puso en mis manos.

Sendos suspiros de alivio brotaron de nuestras gargantas cuando el dedo luminoso desveló la visión familiar de las dependencias de la enfermería.

Apiñados en grupo —Stella a un lado de mí, Aida, al otro —nos dirigimos a la estancia en donde permanecía «Duende».

La criatura estaba allí. Despierta, jugando, con sus pies alzados y balbuceando entre dientes.

Sonrió y dijo:

—Stella, comida.

En aquel momento, sentí una súbita ternura hacia «Duende». No me importaba que tuviera un aspecto muy diferente de uno de nuestros bebés: para mí, era el niño más guapo del mundo.

Resistía, sin pestañear, la potente luz de la linterna, y sus grandes ojos amarillos fulgían como topacios.

—Stella, comida —repitió, al ver que le contemplábamos inmóviles, como hipnotizados.

—Búscale algo de comer —indiqué—. A «Duende» no parece impresionarle esta situación… ¡Tiene ganas de comer!

Stella fue al frigorífico, y sacó un bote de mermelada, que ofreció un momento después a «Duende», sirviéndose de los brazos articulados.

Permanecimos allí, viéndole comer con excelente apetito hasta que, terminada la mermelada, se chupó los delgados labios golosamente, y nos obsequió con una nueva sonrisa.

Fue entonces cuando me di cuenta de que seguíamos sorprendentemente… vivos.

Habían transcurrido diez minutos desde el instante en que Rubber y sus locos ayudantes hicieran aparecer la primera batería de proyectiles nucleares.

¿Qué había ocurrido…? ¿Tal vez les había detenido en sus locos planes la súbita oscuridad, la pérdida de energía en el interior de la

Base?

No podía ser aquélla la razón que les hubiese forzado a cambiar sus planes, puesto que la planta de defensa nuclear poseía un grupo de fuerza independiente del resto de las dependencias.

¿Cuál era la explicación, entonces…?

Inmóviles, Stella, Aida y yo permanecíamos alrededor de la cuna-cámara que albergaba a «Duende».

—¿Por qué estás tan íntimamente seguro de que nada malo puede amenazarnos, si permanecemos junto a él? —preguntó, de improviso, Aida, señalando a «Duende», que parecía muy feliz en nuestra presencia, a juzgar por sus balbuceos y sus expresivos guiños y gestos.

—Porque sé que «ellos» no harán nada que pudiera perjudicar a esta criatura —respondí—. Algo me dice que su visita no es agresiva. A menos que… nosotros los provoquemos.

—Pero… ¿cómo íbamos a provocarlos? —comentó Stella, insegura.

Estuve a punto de decirles la verdad: Rubber, Clarence y Larssen estaban en los silos atómicos, dispuestos a desencadenar el Apocalipsis.

Sin embargo, preferí callar para evitarles la angustia consiguiente.

Lentamente, transcurrían los minutos.

Apenas se oía el silbido de nuestras respiraciones y el balbuceo de «Duende» que seguía, incansable, con sus infantiles retozos, en el interior de la cámara.

Me sentía rendido, acosado por el sueño y la fatiga. Mis párpados pesaban como losas de plomo, y mis piernas se negaban a sostenerme.

Pensé en «ellos», en los seres que aguardaban, impasibles, en el interior de sus impresionantes astronaves.

Si lo que les había traído hasta la Base lunar era el deseo de rescatar a «Duende»… ¿por qué no se mostraban, por qué no transmitían sus deseos de alguna forma?

Yo había conseguido comunicarme con el cerebro-robot que dirigía la nave roja, poblada de cadáveres. Incluso había conseguido dirigir, mediante mis indicaciones, el alunizaje de la astronave sobre el Mar de la Serenidad.

Todo ello lo había conseguido a .través del transmisor-ideograma instalado a bordo del módulo «TOMORROW...

¿Por qué, en tal caso, no podíamos intentar de nuevo la comunicación con «ellos»?

Habían pasado dos horas de angustiosa y tensa espera. La oscuridad era total, dentro y fuera de la Base.

Sin embargo, yo estaba íntimamente seguro de que las astronaves seguían allí, fuera, vigilantes.

«Podrían permanecer ahí, inmóviles y silenciosos, durante siglos enteros», pensé.

La tensión nerviosa me impedía seguir esperando. Y en aquel momento, decidí ponerme en marcha.

Teniendo en cuenta que la cuna-cámara de «Duende» podía deslizarse sobre ruedas, sólo era necesario ajustar en su base un par de balones de oxígeno enriquecido.

Lo hicimos entre Stella y yo, mientras Aida mantenía la linterna en su mano derecha.

—¿Adonde vamos? —preguntó Aida, inquieta.

—A los hangares —respondí—. Quiero intentar la comunicación con «ellos». Todo, antes que seguir soportando esta tensa y desesperada vigilia.

Dispuesto a todo, ordené a Stella y a Aida que emprendiesen la marcha, y empujé la cámara que contenía a «Duende» pasillo adelante.

Comenzaba a amanecer.

Una luz lívida, amarillenta, pero muy potente desde la misma aurora, iluminaba ya los picos de las montañas.

Nos aproximábamos al centro de control, instalado en el centro geométrico de la Base, cuando nos detuvimos, espantados, al escuchar unos gritos.

Stella, Aida y yo intercambiamos una mirada de inquietud.

¿Qué sucedía?

Los gritos resonaron más próximos, por segunda vez.

Alguien se acercaba, a la carrera, gritando algo ininteligible.

De repente, Rubber, Clarence Howard v el piloto Larssen desembocaron en la rotonda central, procedentes del pasillo que llevaba al sótano de las baterías atómicas.

Ellos se detuvieron bruscamente, al escuchar el entrecortado grito de espanto que acababa de salir de la garganta de Stella.

Mostraban un aspecto horroroso.

Sus rostros estaban hinchados monstruosamente y la piel de la cara, el cuello y las manos, aparecía cubierta de llagas y de enormes quemaduras.

Pero lo más terrible no era aquello, sino las costras amarillentas y escamosas que cubrían por completo sus párpados, como pústulas horrendas.

—¿Quién..., dónde... dónde estáis? —gritó Rubber. Y avanzó unos pasos, con las manos extendidas hacia adelante, vacilante e inseguro.

De repente, lo comprendí: *estaban ciegos*.

Larssen se agitó, frenético.

—¡Deliras, Donald! Tus sentidos te están traicionando. ¿Creíste oír pasos? ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Estás loco! ¿No comprendes que estamos solos, aislados, indefensos...? ¡Todos... todos han desaparecido!

Bruscamente, Rubber apartó al piloto de un codazo tan fuerte que lo arrojó al suelo.

—¡¡Mientes!! —gritó—. Mis ojos no pueden ver, pero mi oído es muy fino, y ha percibido algún rumor... Si, como tú dices, nuestros compañeros han desaparecido o muerto, algún intruso ronda por aquí cerca.

Clarence Howard avanzó, vacilante, y tomó a Rubber por un hombro.

—Entonces., son «ellos», ¡los invasores! —gritó, con alarido propio de un demente.

Pero Rubber se libró de él, y siguió adelante, con tos brazos extendidos como un fantasma, ávidos los sentidos, atento a captar cualquier rumor de vida.

Tuve que tapar los labios de Aida, tan nerviosa que parecía ya a

punto de gritar.

Con sus torpes pasos de ciego, Donald Rubber pasó a unos cinco metros de nosotros, y se perdió en un recodo de la rotonda.

—Howard y Larsen le siguieron, en la misma actitud, mientras nosotros permanecíamos inmóviles, controlando nuestra respiración.

Cuando al fin se perdieron de vista, empujé la cuna de «Duende», y nos alejamos de allí velozmente.

—¡Dios mío!—gimió Stella—. ¡Es... es... horrible!

—Lo es. Tal vez no sean culpables, puesto que enloquecieron —respondí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Aida.

—No tenemos tiempo para explicaciones —contesté, evasivo.

—¡Pero esos infelices... necesitan ayuda! —clamó, compasiva —. No ven, pueden tropezar, dañarse.

Me detuve y la miré fijamente.

—Más ayuda necesitamos nosotros, ahora. Créeme, Aida, nada podemos hacer por ellos, de momento.

—Pero...

—Sigamos adelante. Hemos de llegar a los hangares, cuanto antes. Los balones de oxígeno para «Duende» tienen una duración limitada. Y, puedes creerme, de la vida de esta criatura depende la nuestra—expliqué, tenso.

Un momento después, penetrábamos en el montacargas, y descendíamos hacia los hangares.

Los primeros rayos de sol bañaban ya las cúpulas transparentes de la Moon-Base-One.

CAPITULO XIV

Vacilé, sentado en el puesto del piloto.

El testigo del ideo-teclado estaba encendido, el aparato estaba dispuesto para comunicar con los visitantes del espacio.

Y, de repente, me ocurría aquello: mis manos se agitaban con temblor epiléptico, mi garganta estaba seca como el esparto, y mi respiración se había tornado jadeante, estertorosa, difícil.

¿Qué me ocurría?

Sencillamente: me sentía aterrado.

Lo que me había aparecido tan fácil, momentos antes, ahora se me antojaba una misión insalvable.

Mi entereza se había desmoronado, quizá debido a las largas horas de tensión, sin el intermedio de un descanso psíquico equilibrado.

Ahora... Sólo tenía que imaginar aquellas treinta astronaves pobladas por miles de extrañas —¿y quizá feroces? —criaturas, para que el más abyecto terror paralizara mis músculos, y anulara mi sentido común.

—¿Qué... qué esperas? —dijo Aida, con voz estrangulada.

Ella y Stella ocupaban sendos asientos a mi espalda, y aguardaban, expectantes.

No me atreví a mirarlas. Porque me sentía avergonzado: era un cobarde, un tipo deleznable, asustadizo e indeciso.

Respiré profundamente, y el temblor de mis manos cedió un tanto.

Luego, inconscientemente, giré el cuello y miré a «Duende», que se removía, juguetón, en el fondo de su cuna.

Me sonreía, como si tratase de infundirme ánimos. Y le oí pronunciar claramente:

—W-a-l-t-e-r.

Aunque pueda parecer grotesco, la sonrisa de aquella criatura, su expresión tranquila y sonriente, me dio ánimos suficientes para dominar el temblor de mis manos, y el temor que unos momentos

antes había conseguido paralizarme por completo.

Unos segundos después, mis dedos se movían ágilmente sobre el ideo-teclado, enviando mi aviso a través del espacio.

Transcurrieron unos segundos.

Y luego... ¡los destellos anaranjados comenzaron a concretarse nítidamente sobre la oscura pantalla del ideo-teclado!

Contuve la respiración cuando leí:

—Jefe-Wankx-a-Jefe-Brown. Puede-transmitir. Estoy-a -la-escucha.

Hinché mis pulmones de aire, y resoplé con fuerza.

Mis manos volaban sobre el teclado.

—Tenemos-a«Duende». Estamos-dispuestos-a-entregárselo-compuse.

La respuesta llegó cinco segundos después.

—¿«Duende»? ¿*Qué-es*-«Duende»?

—Una-criatura-de-su-misma-especie. Lo-recogimos-moribundo-de-una-de-sus-astronaves —respondí.

La pantalla se mantuvo oscura diez larguísimos segundos.

Y al fin:

—¿«Duende» - está - vivo? —fulgieron los signos anaranjados, en tensa interrogación.

Miré al bebé de reojo, y advertí que sonreía, alzando hacia mí una de sus manos de largos deditos.

—Está-vivo. En-perfecto-estado-de-salud —concreté.

Aguardé con impaciencia las señales naranja sobre la pantalla. Transcurrieron diez, quince segundos.

Mi tensión había alcanzado un nivel insoportable, cuando de nuevo se animó la pantalla del ideo-transmisor.

—Traigan-a... «Duende» - hasta - las - proximidades de - nuestra - astronave. Wankx agradece - a - Jefe - Brown - sus - cuidados - a... «Duende».

De repente, mis músculos se relajaron, aunque mi frente exudaba a chorros.

Y las preguntas que transmitía mi ideo-transmisor comenzaron a dispararse.

—De acuerdo. Quisiera hacerle algunas preguntas. Jefe Wankx. ¿De dónde proceden…? ¿Por qué estaban muertos todos los tripulantes de una de sus astronaves? ¿Por qué demuestran tanto interés por «Duende»? ¿Dónde están nuestros compañeros desaparecidos? ¿Están vivos o muertos?

Tragué saliva, cuando transcurrieron hasta veinticinco segundos sin recibir respuesta a mis interrogantes.

¿Quizá había ido demasiado lejos en mi curiosidad?

Se cumplían treinta segundos cuando la pantalla destelló.

La comunicación era tajante:

—Traigan-a-«Duende»-ahora-mismo.

Vacilé.

Aquel enigmático Wankx me había agradecido los cuidados de que habíamos hecho objeto a «Duende», pero no se había dignado prometernos nuestra integridad física, tras la entrega del pequeño «rehén».

Finalmente, me decidí… puesto que no estábamos en situación de exigir nada.

Me incliné sobre la cuna de «Duende», y sonreí forzadamente.

—Bien, pequeño, vas a volver con los tuyos. Me sentiría mucho más tranquilo si tuviera la seguridad de que tus semejantes son tan inofensivos e inteligentes como tú —dije.

«Duende» palmoteo, alegre, y balbuceó:

—Volver… Walter.

Puse en movimiento los motores, y obligué al módulo a avanzar despacio por la rampa que ascendía hasta el exterior.

La masa del módulo excitó una célula fotoeléctrica, y la compuerta de acero se elevó.

El sol brillaba fuerte sobre la superficie lunar cuando el «TOMORROW» se alzó sobre el polvo lunar.

Ávidamente, contemplamos la gran astronave posada unos cientos de metros más allá. Herméticamente cerrada, sin acceso visible, parecía guardar celosamente todos sus secretos, como una leona defendería a sus cachorros.

Arriba, en las alturas, otras naves sobrevolaban majestuosamente la Base lunar.

Disimulé un estremecimiento, e hice descender el módulo «TOMORROW» hasta que su tren se posó sobre la superficie, apenas a una docena de metros de la brillante nave roja.

Detuve el motor, y conecté el ideo-transmisor.

—Estamos aquí, jefe Wankx. ¿Qué quiere que haga? —compuse en el teclado.

—Sé - que - están - ahí. Veo... otras - personas. ¿Quiénes-son?

—La doctora Harris y la ayudante Davis. Ellas cuidaron de «Duende» —respondí.

—Bien —las palabras brotaban rápidas, fugaces —. Ahora voy a responder a algunas de sus preguntas, jefe Brown.

—Le escucho —tecleé apresuradamente.

—Procedemos de su misma constelación, jefe Brown. Pero ustedes no se encuentran aún lo suficientemente preparados para conocer el Cosmos...

—Siga, por favor.

—Las criaturas que usted vio a bordo de una de nuestras astronaves murieron al producirse una avería en el suministro de oxígeno. Respiramos un aire muy rico, y el oxígeno se debilitó a bordo, aunque el cerebro-robot tomó las iniciativas necesarias para alunizar y obtener la ayuda de ustedes. El pequeño «Duende» no murió porque su necesidad de oxígeno era menor.

«Lo suponía», pensé.

—Nuestro interés por «Duende» se explica porque él... será nuestro supremo Regidor, en cuanto alcance su madurez. Yo, Wankx, sólo soy un jefe provisional...

Miré a «Duende» con profundo asombro. Y él balbuceó:

—Walter…

Entretanto, Wankx seguía transmitiendo sus respuestas.

—Sus compañeros desaparecidos eran potencialmente peligrosos para nosotros. Su miedo puso en peligro de muerte a nuestro futuro Regidor. Nos vimos obligados a *neutralizarlos* durante algún tiempo. Pero no tema, están vivos.

—¿Dónde? —pregunté con ansiedad.

—Pronto lo sabrá. Ahora debemos despedirnos, jefe Brown.

La pantalla se oscureció bruscamente. Fui a volverme hacia Stella y Aida, pero mis ojos zumbaron dolorosamente.

Sentí un intensísimo vahído y… perdí el conocimiento.

* * *

Me restregué los ojos con violencia, y me rasqué la nuca.

Miré la cuna de «Duende»… ¡Estaba vacía!

Detrás de mí, Stella y la doctora Harris comenzaban a rebullirse en sus asientos.

—¿Qué me ocurrió? —preguntó Stella, con voz estropajosa.

No respondí.

Porque acababa de comprobar que la astronave roja había desaparecido.

Dirigí mis ojos hacia las alturas. Nada, no se veía rastro de las misteriosas astronaves rojizas.

Aida me abrazó, solícita.

—Volvamos a la Base, Walter. Estás al borde del agotamiento. Debes descansar —dijo.

Asentí con el gesto, y puse el motor en marcha.

La curiosidad, todavía insatisfecha, me forzaba a plantearme una pregunta detrás de otra.

Pero era cierto que necesitaba descansar con urgencia. Así que

decidí dejar de hacerme preguntas.

El módulo se elevó en el aire, y penetró en los hangares subterráneos.

La puerta de acero se cerró a nuestra espalda; el fuerte silbido del aire nos anunció que estaba estableciéndose la presión necesaria en los hangares.

Un momento después, descendíamos y caminábamos con paso torpe hacia el centro de control.

Y en aquel momento, Anthony Beck, el ingeniero jefe de mecánicos desaparecido, salió de la nave destinada a reparaciones.

—¿Todo bien, coronel? —comentó con el más intrascendente de los tonos—. Me ocuparé de que mis mecánicos revisen el módulo.

Quedé sin habla. Pero Beck se volvió a su taller tranquilamente, donde trabajaban cinco de las personas desaparecidas.

Ya me disponía a correr en pos del ingeniero, cuando Aida me retuvo.

—Déjalo. ¿No lo has advertido? Beck no sabe nada. Todo lo anterior está borrado de su memoria —dijo.

Me dejé llevar por ella.

Al cruzar la rotonda central, nos tropezamos con Clarence Howard. Mis ojos se desorbitaron, al contemplar sus facciones tersas, aniñadas, que yo había visto aquella misma mañana cubiertas de pústulas y quemaduras.

—Comunicación desde Houston, coronel. El general Curtis quiere hablar con usted —dijo «Bugs Bunny», con toda tranquilidad.

Resoplé con fuerza. ¡Era todo tan increíble...!

Seguí a Clarence. En el pasillo me tropecé con Donald Rubber, el meteorólogo, que se dirigía, silbando entre dientes, a su observatorio.

Vi también a Brad Catto, a Ed Smith, a Larssen, a la operadora Irene Castro... Todas aquellas personas *desaparecidas misteriosamente once días antes,* se cruzaban conmigo, me saludaban con un gesto, y seguían su camino tranquilamente, como si nada hubiera ocurrido.

Luego... Aida tenía razón: alguien había borrado de su memoria la traición, la violencia... todo rastro de lo que había ocurrido desde once

días atrás.

Me detuve de pronto, y miré a Aida y a Stella. *Ellas si lo sabían todo*.

—Tendré que informar de todo lo ocurrido al general Curtis. Es mi deber —dije en un susurro, de forma que Clarence Howard no pudiera oírnos.

Me sorprendió la cantarina carcajada que dejó escapar Stella.

—¿Por qué ríes? ¿He dicho alguna tontería? —rezongué, malhumorado.

—Piénsalo bien, querido. ¿Quién iba a creerte? ¿Qué pruebas puedes aportar de que lo que digas sea verdad? No pudimos tomar fotografías, ni funcionó la televisión… No quedan vestigios de lo que sucedió. Mira a tu alrededor: todo está en orden, absolutamente normal. ¿No crees que lo mejor será callar? —explicó.

Howard me hizo un insistente ademán con la mano.

Un momento después, estaba hablando con el general Curtis, de la Base Central de Houston.

—¡Once días sin comunicación con ustedes! ¿Puede explicarme qué ha ocurrido, coronel? —farfulló Curtis.

—¿Cómo? Esperaba que usted pudiera explicármelo, general. Nuestros sistemas están en perfectas condiciones, pero nos ha sido imposible comunicar con la Tierra. Imaginé que sería una avería de los satélites de comunicaciones…

Curtis despotricó durante unos minutos, e incluso aludió veladamente a los rusos. Pero fue calmándose gradualmente, al saber que todo estaba en orden en la Moon-Base-One.

Aida me acompañó hasta mi cámara, solícita.

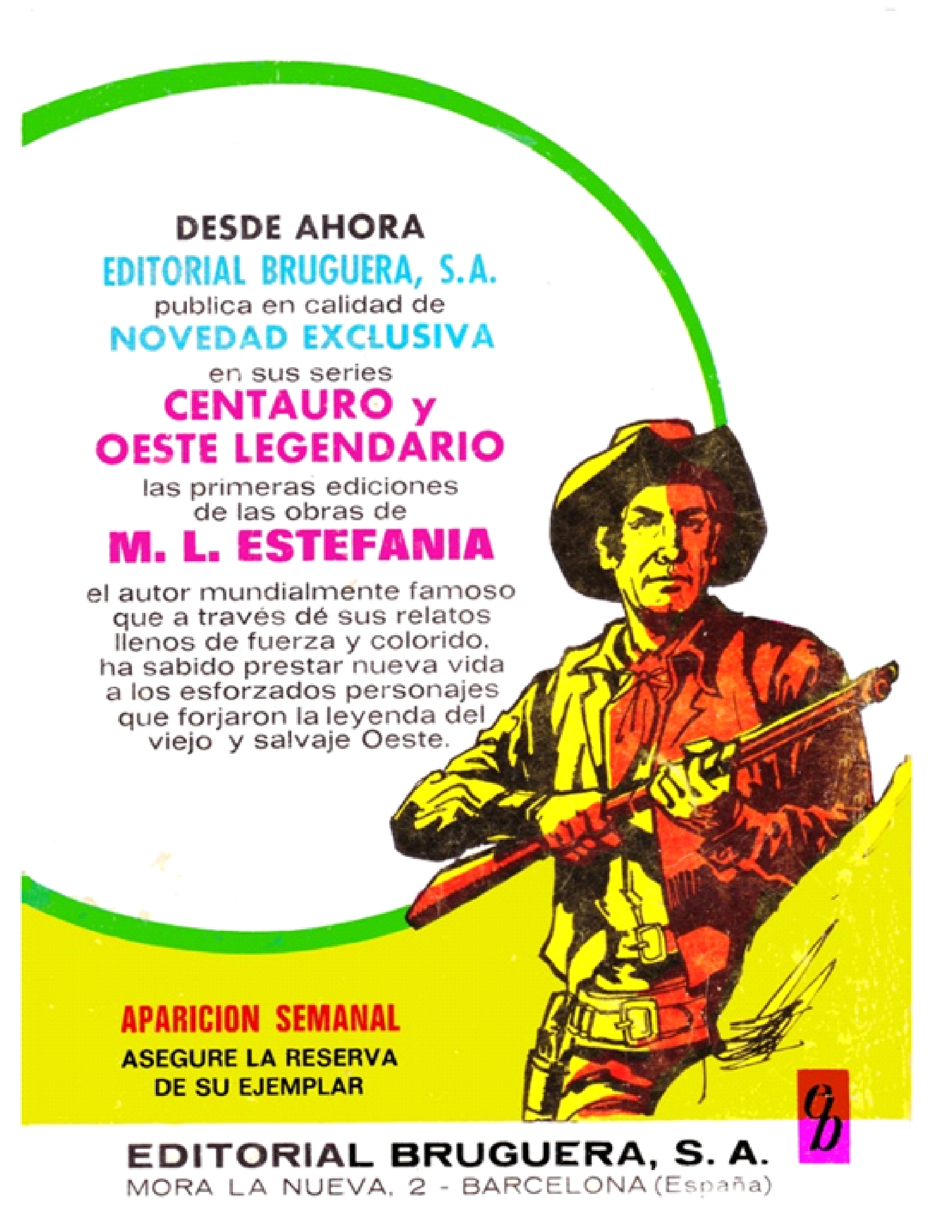
Y mientras yo me quedaba dormido, me besó con ansiedad en los labios.

—¿Sabes una cosa, Walter? Al fin y al cabo, «Duende» era un bebé muy simpático. ¿No te anima eso a tener pronto un bebé… propio? —susurró a mi oído,

—Mañana —susurré.

Rocé sus labios con los míos, y quedé profundamente dormido.

FIN



([1]1) Mañana, en inglés.

([2]) VACACIONES, en inglés.